

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador
Área de Letras y Estudios de la Cultura

Maestría en Literatura
Mención en Escritura Creativa

Brujitos
Los niños de la droga

Alexis Serrano Carmona
Tutor: Eric Samson

Quito, 2024

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

	Reconocimiento de créditos de la obra No comercial Sin obras derivadas	
---	--	---

Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia

Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Alexis Serrano Carmona, autor de la tesis intitulada “Brujitos: los niños de la droga”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura, Mención en Escritura Creativa, en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

16 de diciembre de 2024



Firma: _____

Resumen

Brujitos: los niños de la droga es un relato periodístico que narra cómo las mafias y bandas delictivas en Ecuador, dedicadas principalmente al narcotráfico, utilizan y explotan a niños y adolescentes. Además, cómo en los últimos años las actividades delictivas de estas bandas se han diversificado en busca de financiamiento, tanto que ahora los niños no sólo son usados para ‘repartir’ droga, sino en otros delitos como minería ilegal, extorsiones y sicariato; pero también son explotados para ejecutar acciones para esas bandas, que van desde trapear pisos y cocinar, hasta la explotación sexual, tanto por parte de miembros de la banda, como para personas externas.

Contado en tono de crónica e inscrito en el periodismo narrativo, este libro incluye una prosa literaria para mostrar testimonios de personas que empezaron en este mundo siendo menores de edad y han tenido consecuencias tan serias como condenas a prisión, riesgo para su seguridad y hasta para su vida.

Usando las herramientas del periodismo para acercarse a una historia y las de la literatura para el momento de la escritura, este libro pretende contribuir a la comprensión, en quien lo lea, sobre la escalada en la violencia criminal que ha sufrido nuestro país en los últimos años y cómo esa violencia envuelve severamente a muchos menores de edad, quitándoles incluso una posibilidad de futuro distinta a la criminalidad.

Para ello, además, de los testimonios, presenta la visión de expertos en el tema y personas que han trabajado por años dentro del sistema de justicia juvenil; y también las cifras de la Policía, la Fiscalía y de la entidad a cargo del sistema carcelario.

Palabras clave: droga, niños, niñas, adolescentes, bandas, criminales, crimen, organizado, sicariato, extorsión, mafias

A quienes me contaron sus historias.
Y a mi familia, por todo el amor y por su apoyo, siempre.

Agradecimientos

A todos los ‘profes’ de la Maestría en Literatura, mención en Escritura Creativa, por todas las herramientas de escritura, de lectura y de vida que me entregaron durante este programa, que me sirven todo el tiempo y pongo en práctica cada vez que encaro un nuevo texto, una nueva historia.

A Leonardo Valencia, por todo lo que me enseñó en sus clases y por haberme otorgado el privilegio de cursar esta maestría.

A Eric Samson, por volver a acompañarme en mi proceso formativo y académico, esta vez como tutor de tesis. Es grato que sigamos defendiendo el oficio, pese a todo.

A todas las personas que me impulsaron en el camino de este trabajo de titulación, me dieron ánimos y me apoyaron hasta lograrlo. Sin ustedes, nada habría sido posible.

A mi primo Daniel Carmona, por los contactos y la buena predisposición, desde el principio.

Tabla de contenidos

Introducción	13
Brujitos Los niños de la droga	25
Capítulo primero: ‘Made’	27
Capítulo segundo: ‘Brujitos’	37
Capítulo tercero: “Sé que puedo morir”: pandillas por mafias	43
Capítulo cuarto: ‘Michael’	53
Capítulo quinto: ‘Ma’	69
Obras citadas	79

Introducción

Por cosas como esas me gusta la realidad:
porque si uno permanece allí el tiempo suficiente,
antes o después, ella se ofrece, generosa,
y nos premia con la flor jugosa del azar.
(Leila Guerriero, Zona de Obras)

La primera vez que pensé en este tema fue hace unos 14 años, cuando conocí a ‘Carmen’. Yo estaba reportando una crónica —que escribí para un especial de educación de la revista SoHo Ecuador— sobre cómo es ir a clases en una correccional de menores. ‘Carmen’ tenía entonces 17 y pagaba una condena por vender cocaína, obligada por su propia madre.

De ‘Carmen’ me sorprendió la madurez con la que hablaba, su fuerza y su liderazgo —un mediodía, justo antes de entrar al almuerzo, ella hacía rezar a todas sus compañeras, que, tomadas de la mano, la seguían con devoción—. A veces, me quedaba pensando por días en la casi frialdad con la que me contaba las cosas. Por ejemplo, cuando me dijo que a los 12, su mamá la sentó en su cama y le dijo que le tenía que ayudar. Y, entonces, le contó que la refrigeradora era el lugar donde escondía la droga y que, por eso, hasta entonces, se mantuvo prohibida para ella. Poco a poco, la madre le explicó que aquel polvo blanco se medía con cajas de fósforos; y que cada caja se vendía a 25 dólares. Y le dijo también que lo máximo que se podía vender eran 14 cajas, lo que equivalía a 350 dólares.

En aquel entonces, un kilo de droga les costaba 1.000 dólares, pero se vendía en 2.000. “En cada kilo se ganaba 1.000 dólares y mi mamá vendía, al mes, dos kilos —me dijo ‘Carmen’—. Nos pasamos a un departamento con un arriendo caro, nos puso a todos en colegios privados, mi pensión costaba 100 dólares”. Sin embargo, una noche, la Policía llegó a su casa y se llevó a la madre a prisión. ‘Carmen’, a cargo de sus hermanos menores, tan madura como ya era, tuvo que hacerse cargo del negocio, hasta que un día cayó ella también.

En el camino me enteré de que el caso de ‘Carmen’ no era raro: que muchas de las niñas estaban en esa prisión por traficar drogas y que la mayoría eran introducidas al negocio ilegal por sus propias familias, por sus padres. Niñas que, en sus mochilas

escolares, en lugar de libros y cuadernos, llevaban paquetitos de droga medidos con cajas de fósforos para entregarles a los clientes de sus padres.

‘Carmen’ tenía, pegado a la pared junto a su cama, un calendario en el que todos los días que ya habían pasado estaban tachados por una X grande y fuertemente trazada. “Es para ver si esto se termina más pronto”, me dijo ella con una sonrisa muy leve.

La acompañé a clases durante varios días en el reclusorio; estuve junto a ella en el tiempo en el que, junto a sus compañeras, hacía apicultura, en unos panales de abejas que ellas criaban en la zona verde de uno de los patios; la vi dirigir el rezo de todas antes de almorzar y charlé con ella largas horas en una de las salas continuas al aula de clases. Pero lo que me quedó más grabado —y con tinta indeleble—, fue la respuesta que dio cuando le pregunté qué le gustaría hacer cuando saliera. Primero, me dijo que le encantaría ser modista, tener hijos, esposo y ser feliz. Pero, enseguida, con la solvencia de quien explica una obviedad, aclaró:

—Pero depende. Si mi mamá sale antes que yo por rebaja de penas y logra conseguir un trabajo, me dedicaré a estudiar, o talvez conseguiré también un empleo. Pero si yo salgo antes y me tengo que hacer cargo otra vez de mis hermanos, tendré que volver a vender droga. Ya no quiero, pero es lo único que sé hacer.

Me quedó retumbando como trueno esa casi imposibilidad de pensar un futuro distinto, su resignación; y la idea de pensar en cuántos niños y adolescentes en el país estarán atravesando ese mismo sentimiento, esa misma realidad. En titulares de prensa y en lenguaje policiaco, al vendedor de droga, al *dealer*, se le conoce como brujo; y por eso me quedó sonando que los niños y adolescentes que son usados por las mafias para entregar o repartir la droga son unos ‘brujos chiquitos’, unos brujitos.

Ha pasado tiempo desde entonces y las cosas también han cambiado. Las pandillas o bandas dedicadas al narcotráfico han quedado relegadas por la presencia de grandes mafias que han entrado a disputarse el negocio de la droga. Mafias que operan bajo el paraguas de carteles internacionales, como el de Sinaloa o el Jalisco Nueva Generación; y, más recientemente, con influencia de la mafia albanesa o la italiana.

También en ese camino, las mafias se dieron cuenta de que necesitaban recursos, dinero para seguir operando y, entonces, tuvieron que diversificar sus ingresos. Además del tráfico de drogas, comenzaron a meterse en otros delitos, como extorsión, sicariato, robo, minería ilegal. Y empezaron a usar a los menores de edad para cada uno de esos delitos y en distintos roles, que van desde la distribución de la droga hasta el asesinato, pasando por la explotación sexual y hasta trabajo doméstico.

La crisis de inseguridad en el país y la declaratoria del conflicto armado interno —cuya pertinencia legal y constitucional ha sido cuestionada por muchos expertos— trajo consigo una sobreexposición de menores capturados, como parte de los operativos contra los 22 grupos delictivos, que fueron catalogados por el Estado como terroristas. Militares y policías publicaron videos de adolescentes esposados, humillados, obligados a maquillarse ante la mirada burlesca de quienes usan uniforme, obligados a lijarse sus tatuajes dejándoles el pecho ensangrentado.

Se volvieron virales, también, videos de niños y adolescentes cometiendo delitos: jóvenes participando de la toma violenta de TC Televisión durante un noticiero en vivo, un niño que asesinó a sangre fría al chofer de un bus de transporte urbano en Guayaquil, adolescentes entrando a locales comerciales de varias ciudades para asaltar o para cobrar las tan dolorosamente popularizadas ‘vacunas’ —extorsiones que sembraron el miedo en la población y lo siguen sembrando—.

Tuvimos que ver, como ciudadanos, a cientos de usuarios de redes sociales regocijándose al ver los videos de la represión, festejando las humillaciones contra estos niños y muchos de ellos exigiendo, incluso, que los menores de edad sean juzgados como adultos, algo que todos los organismos que trabajan por la niñez ven como una propuesta riesgosa que, lejos de reducir la participación de niños y adolescentes en delitos, volvería cada vez más difícil, su reinserción plena en la sociedad.

Cuando escribo estas líneas, en la Asamblea Nacional se debate el ‘Código para la protección de niños, niñas y adolescentes’. Un informe de minoría de la Comisión que trató el tema plantea un endurecimiento de penas para los adolescentes que hayan cometido delitos que atenten contra la vida, como asesinato, sicariato, homicidio o femicidio. Actualmente, el tiempo máximo de detención en el sistema de justicia juvenil es de 8 años, pero este informe de minoría propone elevar las penas a entre 17 y 26 años cuando hay asesinato y sicariato; entre 14 y 22 años cuando se trata de femicidio; y entre 6 y 10 años cuando hay homicidio. Además, la propuesta de minoría es que, si el adolescente cumple la mayoría de edad dentro de un centro de detención de menores, sea trasladado a una cárcel de adultos hasta que termine su tiempo de condena.

Pero esto va más allá: el bloque legislativo de Construye —un movimiento de larga data en la política ecuatoriana, originalmente conocido como Ruptura de los 25— plantea que, en el caso de delitos contra la vida, los adolescentes sean juzgados desde el principio como adultos y reciban sus penas. ¿El argumento? La falsa idea de que los niños y adolescentes no son punibles por los delitos que cometen, la errónea creencia de que, si

un adolescente delinque, no le pasa nada. Si mata —queda claro— tendrá ocho años de internamiento con las medidas socioeducativas establecidas. ¡Hay consecuencias!

Pero esto abre un debate harto importante en los actuales momentos, porque ciertos legisladores están viendo las cosas exclusivamente desde el punto de vista de quien castiga, de quien cree que, mientras más dura la pena, más eficiente. Se olvidan, seguramente, esos legisladores, de todas las matanzas carcelarias, los más de 600 presos asesinados en los últimos años; olvidan que esas cárceles de adultos están dominadas por completo por las mafias cada vez más sanguinarias que ocupan el país. ¿Qué ganamos, como sociedad, al enviar a esos adolescentes a convivir por años con las mafias que les metieron en ese mundo? En realidad, es una condena de muerte. Quizá ese mismo adolescente sea una de las víctimas en la próxima matanza carcelaria; quizá se vea cada vez más atrapado por el mundo de estas mafias hasta el punto en que le sea imposible salir. De cualquier modo, hay una condena de muerte.

Durante el reporte que hice para este texto, Verónica Pólit, quien ha trabajado durante 12 años con niños y adolescentes que han cometido delitos, me planteó la siguiente cuestión: “Sabemos perfectamente cómo entran estos guaguas (a los centros de detención), la pregunta es cómo queremos que salgan”. Y esa es, en realidad, la pregunta.

El reclutamiento de bandas criminales a niños y adolescentes incluye violencia física, psicológica y la exposición al delito con la promesa de llegar, alguna vez, si se cumple con todos los escalones previos, a estar entre la élite de la banda, la que disfruta del dinero mal habido y de ese manchado poder. Las bandas estudian las vulnerabilidades de los chicos que van a reclutar —empezando por su principal vulnerabilidad, que es el hecho mismo de ser adolescentes—, comprenden su desarrollo emocional mejor de lo que lo hace el Estado. Saben a qué edad los adolescentes tienen menos comprensión de la irrevocabilidad de la muerte, a qué edad tiene menos consciencia del daño que son capaces de causar con sus acciones. Miran sus entornos familiares, sociales, sus carencias y también, por supuesto, sus habilidades. Y, con todo eso, logran ejercer un nivel de control tan fuerte sobre estos jóvenes que muchos de ellos han tenido que esconderse por mucho tiempo para lograr salir de una mafia; otros, los que quisieron salir, pero no tuvieron esa suerte, hoy están tres metros bajo tierra.

Por todo esto, quienes trabajan por los derechos de los menores, defienden la idea de que en este entorno de reclutamiento se hable también de delitos de trata de personas: los adolescentes son USADOS por las bandas para lavar los pisos de los sitios donde operan, para satisfacer sexualmente a sus líderes o prostituidos con personas externas,

para vender su droga, para cobrar sus extorsiones, para ejecutar a sus muertos. Pese al reconocimiento del daño que causan, del dolor que sus acciones provocan a muchas familias, los expertos insisten en que estos adolescentes también son víctimas y el Estado debe agotar todos sus esfuerzos para darles esa nueva oportunidad que hasta el momento se les ha negado. Seguro, esa nueva oportunidad no estará en las cárceles, donde estarán a merced de las mismas mafias que los llevaron a donde están.

Verónica lideró, como parte de la desaparecida Fundación Tierra de Hombres, un programa que se llamó ‘Reinserción’. Durante cuatro años trabajaron con 40 adolescentes que cometieron diferentes tipos de delitos y que las autoridades consideraban los “más difíciles” de reformar. En más del 90% de los casos lograron que esos adolescentes tuvieran una nueva oportunidad, y que hoy construyan una vida lejos de las mafias, las drogas y el crimen. Aunque lloró cuando me contó que a dos de los chicos los mataron al querer abandonar ese mundo, otro se suicidó y uno reincidió en su delito y está pagando una pena ahora en una cárcel de mayores, me contó sonriente, orgullosa, que uno de los chicos, ya graduado de Psicología, es ahora parte de su equipo de trabajo, que otro está a punto de graduarse de la universidad en la carrera de Trabajo Social, que una de sus “guaguas” estaba cumpliendo años justo el día en que hablamos y que quería invitarla a almorzar. Verónica está convencida: “Sí se puede, no tengo la menor duda”, me respondió, cuando se lo pregunté.

En una entrevista reciente que le hice, el periodista argentino Martín Caparrós — que para cuando se entregó este trabajo aún no se había publicado— me dijo: “Si el periodismo no sirve para entender un poco más el mundo, entonces no sirve para nada”. Este trabajo no pretende ser un dedo acusador para nadie ni contra nadie; simplemente busca ayudar a entender un poco mejor. Entender, por ejemplo, por qué una niña de 14 años, que llevaba tiempo durmiendo en un parque, se pagó una habitación en un hotel con los 50 dólares que ganó la primera noche en que vendió droga. Cómo un adolescente, estudiante de colegio nocturno, entró al mundo de las pandillas porque una noche alguien le ofreció compañía y protección para esas largas caminatas de más de una hora que tenía que hacer cuando perdía el último bus para regresar a casa. A comprender el camino que llevó a ese mismo joven a tener su propia pandilla, consciente absolutamente de su don para «jalar gente». Cómo ese mismo camino lo llevó, al final, a ser testigo de las más cruentas matanzas carcelarias y sobrevivir. El objetivo también es entender por qué en Ecuador pasó lo que todos me han dicho: las pandillas, como las conocimos —incluso aquellas que llegaban a disputarse territorios para el microtráfico— fueron desaparecidas

y reemplazadas por las grandes mafias que ahora ocupan el país. Cómo los Ñetas, Latin Kings, Vatos Locos se fueron convirtiendo en los últimos años en los Choneros, los Lobos, los Lagartos, y cada uno haciéndose a un bando: el Cartel de Sinaloa, el Jalisco Nueva Generación, la mafia albanesa.

El objetivo es que quien lea este trabajo pueda tener, al final, un entendimiento mayor de cómo esta realidad —que afecta directamente a nuestros niños y adolescentes— marcó la escalada de violencia criminal en el país y nos sigue costando demasiado caro. Poco antes de contarme todo lo que hizo, los delitos que cometió, la forma en que fue detenido, ‘Michael’ me confesó algo con una ternura transparente: “Yo soy bien mamitis”, me dijo. Y también me contó su sueño: quiso ser futbolista y estuvo cerca. Y quizás muy pocas personas sabrán el efecto que tuvo en su vida aquel entrenador que le dijo que no servía para eso, o las palabras de su padre justo después: “Ya, pues, perdiste”. Este texto pretende ir más allá de las cifras y las estadísticas; quiere hallar y comprender la historia de los seres humanos que hacen parte y muchas veces son ejecutores de la violencia.

¿Por qué el periodismo narrativo? Porque es el tipo de periodismo que trabaja con la paciencia necesaria para intentar entender la historia y contarla después. Que se toma un respiro y destina el tiempo para no mirar solamente la superficie desde el apuro, sino bucear en el fondo del alma humana. No se queda en la punta del iceberg, sino que mira todo lo que sea necesario para entender cuáles son las cosas que sostienen ese iceberg y permiten que se vea apenas la punta.

El periodismo narrativo es aquel que siempre llega cuando se han apagado las cámaras y los reflectores, cuando la vorágine de la noticia, de la euforia inmediata, se ha acabado. El que vuelve las veces que sean necesarias a una persona, a un lugar y a su historia, hasta que cae la máscara, la impostura, y la historia real se materializa frente a los ojos del reportero.

En su libro *La guerra no tiene rostro de mujer*, la periodista bielorrusa Svetlana Alexiévich —ganadora del Premio Nobel de Literatura en 2015 por su obra de no ficción— muestra las historias más íntimas y reveladoras de las mujeres que fueron parte del Ejército Soviético durante la Segunda Guerra Mundial. Cuenta, por ejemplo, cómo ese Ejército nunca pensó en la posibilidad de dotar de toallas sanitarias a las mujeres en

sus filas y cómo ellas tenían que seguir marchando en el frente de batalla, dejando un hilo de sangre desde su pantalón al caminar; o las historias de aquellas que tuvieron que ver familias enteras, con bebés incluidos, asesinados por sus propios compañeros y cómo el dolor de esas imágenes permanecería durante todas sus vidas; o las historias de los amores que surgieron, de las jornadas con ropa interior masculina porque —de nuevo— nadie pensó en las mujeres del Ejército a la hora de combatir.

Pero, para poder contar estas historias, para que los personajes con los que habló se salieran de la verdad oficial que el Ejército soviético les enseñó a contar —una historia de la grandeza de su lucha, el poder de sus fusiles y las razones de sus batallas—, la reportera tuvo que pasar mucho tiempo junto a estas mujeres. Acompañarlas a trabajar, a cocinar, a doblar ropa, a viajar en Metro, a hacer compras, a la biblioteca. Sólo entonces, luego de permanecer lo suficiente, ellas le contaron la historia real. Su historia.

En la primera parte del libro, Alexiévich (2015,18) describe este proceso y, a la vez, habla de su apuesta por el periodismo como el camino para llegar a lo “inmutable de cada historia” a la “vibración de la eternidad” que hay en una persona. En sus palabras, lo dice así:

No buscamos las hazañas y los actos heroicos, sino lo sencillo y humano, lo que sentimos más cercano. Por decir algo, ¿qué es lo que más me gustaría saber sobre la Grecia antigua? ¿Y de la historia de Esparta? Me gustaría leer de qué hablaba la gente en sus casas. Cómo se marchaban a la guerra. Qué palabras decían el último día y la última noche a sus amados. Cómo se despedía a los guerreros [...]. No escribo sobre la guerra, sino sobre el ser humano en la guerra. Soy historiadora del alma. Por un lado, estudio a la persona concreta que ha vivido en una época concreta y ha participado en unos acontecimientos concretos; por otro lado, quiero discernir en esa persona al ser humano eterno. La vibración de la eternidad. Lo que en él hay de inmutable [...]. Creo que en cada uno de nosotros hay un pedacito de historia. Uno posee media página; otro dos o tres. Juntos escribimos el libro del tiempo.

Esto debería ser una especie de mantra para el oficio periodístico, pero especialmente para quienes hacemos crónica. Uno no puede pretender que el personaje con el que está hablando revele su verdad en 15 minutos, si uno llega apurado, a colocar una grabadora y buscar que en ese diminuto espacio de tiempo le responda las preguntas, como si se tratara de una encuesta o algo parecido. Para que la historia real se materialice hace falta un ejercicio de paciencia, implica escuchar por horas a una persona, demostrarle que uno está genuinamente dispuesto a escuchar; implica regresar las veces que sean necesarias para volver a mirar, escuchar, oler, tocar, entender. Entender, dice Caparrós, es un verbo que los periodistas no solemos conjugar mucho. Y de eso se trata, de entender.

Juan José Hoyos (2003, 89), maestro de muchas generaciones de cronistas en el periodismo colombiano, lo explica así, en su manual *Escribiendo historias: el arte y el oficio de narrar en el periodismo*:

Para el periodista que narra, la actualidad o la novedad de un hecho, por ejemplo, es posible que importen muy poco. En cambio, cobra mucho valor la profundidad que pueda alcanzar en el tratamiento de este. No hay que preocuparse tanto por contar una historia fragmentaria el mismo día en que ocurre el suceso. Importa contar la historia completa, con todos sus detalles [...]. En el periodismo de estilo narrativo se valoran más otros factores, como el simbolismo y la universalidad de la historia. De este modo, al igual que sucede con la literatura, un acontecimiento ocurrido en una oscura población perdida en el mapa de un pequeño país puede tener mayor valor que un desastre sucedido en las proximidades de una gran ciudad.

Los ejemplos sobran: Gay Talese se sumergió durante seis años en las historias de la mafia italiana en Estados Unidos para escribir *Honrarás a tu padre*; en *Hiroshima*, John Hersey reconstruye a través de las historias de seis sobrevivientes, los horrores de la caída de la bomba atómica; Rodolfo Walsh narra una matanza ordenada por la dictadura argentina en su *Operación masacre*; Alberto Salcedo Ramos hace un bellissimo perfil a profundidad del legendario boxeador colombiana Kid Pambelé en su libro *El oro y la oscuridad*; Jon Lee Anderson escribió la biografía más completa del Che en su libro *Che Guevara: Una vida revolucionaria*; Caparrós recorrió durante seis años los países más pobres y los más ricos del mundo para contar, en *El hambre*, cómo es que en un planeta que tiene y produce suficiente comida para toda su población, hay tanta gente que muere diariamente por causas relacionadas con el hambre.

Leila Guerriero siguió durante más de dos años a un bailarín de malambo, que participaba en el concurso de Laborde, un pueblo del interior argentino, para contar su libro *Una historia sencilla*, un texto que refleja a plenitud la condición humana con una prosa que destila belleza, ritmo y cadencia. Un hombre que da todo lo que tiene para convertirse en campeón, a sabiendas de que ganar significa también el fin. Tiempo después de publicado el libro, Guerriero volvió al Festival de Malambo de Laborde y una de las asistentes, que había leído el libro y sabido de que hubo gente que conoció la historia de ese pueblo gracias a esa crónica, le dijo: “Gracias por habernos dado voz a nosotros, los comunes”.

El periodismo narrativo es, también, eso: darles voz a los comunes. No esperar a que la gente muera, o esté untada de corrupción, u ocupe un cargo público, o llegue a prisión por tramas delictivas, para regresar a ver y contar su historia.

El periodismo narrativo, en otras palabras, está destinado a contar la vida y esa es su principal fortaleza. En términos periodísticos, es el género que va mucho más allá del qué y centra su trabajo en los porqués, los cómo, los para qué. Los sueños de la gente, sus dudas, sus temores, sus alegrías y sus tristezas. Dice Caparrós que es el tipo de periodismo “que ve, allí donde todos miran, algo que no todos ven”. Y se puede contar —y es uno de sus grandes privilegios— tanto la historia de una niña que mastica tomate en el páramo de la Sierra ecuatoriana, como la de una orquesta formada por niños de comunidades muy pobres que encontraron en la música la oportunidad de una vida diferente, o la de un grupo de niños que fueron violados sistemáticamente por su profesor durante un año; pero también la historia una frontera que no existe, de los defensores del agua, de los botánicos, de los investigadores de caracoles africanos.

Y en este mundo actual, ese periodismo que se toma el tiempo, que hace una pausa más allá de la rapidez con la que suceden las cosas, se da a la tarea de mirar a profundidad (“la mirada extrema”, dice Caparrós), es más necesario que nunca, precisamente porque ayuda a entender.

Por eso, creo que este periodismo es importante para contar esta historia: la de los niños utilizados y explotados sin vergüenza por las bandas criminales. Porque una cosa es contar muertos en matanzas carcelarias, una cosa listar los nombres de las bandas del crimen organizado, una cosa es recordar sus fechorías y el dolor; pero otra cosa es poner el foco en las causas, las historias y los efectos de esto en los niños, en las niñas, en los adolescentes. Una cosa es señalar con el dedo y llamarlos asesinos, y otra es intentar entender por qué se volvieron asesinos, qué los llevó a ese camino casi sin salida, cómo llegaron, cómo los reclutaron, cuáles fueron las circunstancias que los llevaron a delinquir, y, quizá, la dificultad de salir de donde están metidos.

¿Por qué el periodismo narrativo es literatura? Sencillamente porque usa todas las armas de la escritura al servicio de contar la realidad. Y porque no podemos confundir la palabra literatura con la palabra ficción.

El inicio de un perfil que Leila Guerriero (2018,50) escribe sobre Idea Vilariño, incluido en su libro *Plano americano*, dice lo siguiente:

¿Quién era usted?

De quien se dice que plantaba jardines y los hacía florecer allí donde viviera. De quien dicen que era dura, implacable y hermosa, hermosa, hermosa. ¿Quién era usted, huérfana de madre, huérfana de padre, huérfana de hermano? Violinista. ¿Quién? Asmática, enferma de la piel, enferma de los huesos, enferma de los ojos. Profesora. Quién era usted, usted que hablaba poco y que habló tanto —tanto— de un solo amor de todos los que tuvo: de uno solo. Quién era usted. Usted, el haz de espadas. Usted, que dejó trescientas páginas de poemas, nada más, y, sin embargo. Usted, que se murió en abril y en 2009 y que a su entierro fueron doce. Usted, que dejó una nota: «Nada de cruces. No morí en la paz de ningún señor. Cremar».

Usted: ¿quién era?

¿Qué diferencia hay, en cuanto al estilo, la escritura, la prosa, entre este párrafo de belleza irrefutable y cualquiera de las mejores obras de la ficción? La única diferencia es que todas esas herramientas de la literatura están encaminadas a contar la realidad, un personaje, en este caso, de la vida real. Por lo demás, el periodismo narrativo tiene un narrador, desarrolla personajes, escenarios y escenas, diálogos; maneja el tiempo y el espacio, puede hacer tanto una analepsis como una elipsis, adentrarse en la diégesis como mantener distancia de ella; usa figuras literarias, planta metáforas, símiles, hipérbolos. El único pacto es que, mientras se escribe periodismo narrativo; es decir, mientras se hace literatura de no ficción, no se inventa nada. Si una pared es blanca, yo no puedo decir que es azul, solamente porque creo que le convendría a mi prosa. El periodista narrativo cuenta lo que vio, o lo que le contaron, o lo que investigó en documentos y libros; su ejercicio básico es el siguiente: ir, mirar y volver para contar.

En el prólogo de su libro *Safari accidental*, el periodista mexicano Juan Villoro (2005,8) ofrece una de las mejores definiciones de crónica, nombrándola como el ornitorrinco de la prosa, así:

Si Alfonso Reyes juzgó que el ensayo era el centauro de los géneros, la crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: ‘la voz de proscenio’, como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser.

Y Caparrós (2025,23), el cazador de historias reales, el intérprete de la mirada extrema, el mejor cronista contemporáneo en español, la define en estos términos:

Una crónica es muy especialmente un intento siempre fracasado de atrapar lo fugitivo del tiempo en que uno vive. Su fracaso es una garantía: permite intentarlo una y otra vez — y fracasar e intentarlo de nuevo, y otra vez—. [...] La premisa es sencilla: aprender a pensar un reportaje, una entrevista como un relato; trata de usar las herramientas del relato para mejorar la descripción del mundo que hacemos en los textos periodísticos. Robarle a la novela, al cuento, al ensayo, a la poesía, lo que se pueda para contar mejor. [...] En términos de estilo, de estructura, no hay ninguna razón para que un cuento y una crónica difieran. [...] Si se pudiera ser esquemático tremendo, se podría decir que uno es periodista en el terreno, escritor en su escritorio.

Se suele pensar —algunos suelen pensar—, equivocadamente, que el periodismo narrativo es un oficio menor dentro de la prosa, o un paso previo a «convertirse en escritor». Lo cierto es que hay muchos escritores que se mantienen navegando en las aguas de la no ficción y no por eso nadie les podrá decir que no han escrito. No todo periodismo es literatura, pero el buen periodismo narrativo es literatura, como queda dicho. Capaz de usar todas las herramientas de la escritura —las mismas que puede tomar una novela, o un cuento, la poesía o el ensayo— para contar la realidad. Capaz de nutrir su caja de herramientas con el teatro, con la música, con la pintura, con el cine...

Hacer una buena crónica demanda un trabajo de semanas, meses, incluso años; implica mirar siempre con los cinco sentidos, significa poner todo nuestro oficio para parir un texto, hablar con mucha gente, mirar su obra, leer sus libros, conocer su casa y su lugar de trabajo, su rutina y las cosas que la rompen. Demanda otras semanas de revisar el material, renunciar a lo que haya que renunciar, ordenarlo todo y escribirlo de tal manera que sea capaz de provocar un efecto en quien lo lee: rabia, alegría, dolor, emoción, enfermedad, sanación, esperanza, desazón. En fin, capaz de mostrar los matices de la condición humana.

Por eso, para quienes hacemos este periodismo, es una forma del arte, es, como cualquier otra, literatura. Leila Guerriero (2014,84) siempre encuentra las palabras justas, también para hablar de esta cuestión:

Para ser periodista hay que ser invisible, tener curiosidad, tener impulsos, tener la fe del pescador —y su paciencia—, y el ascetismo de quien se olvida de sí —de su hambre, de su sed, de sus preocupaciones— para ponerse al servicio de la historia de otro. Vivir en promiscuidad con la inocencia y la sospecha, en pie de guerra con la conmiseración y la piedad. Ser preciso sin ser inflexible y mirar como si se estuviera aprendiendo a ver el mundo. Escribir con la concentración de un monje y la humildad de un aprendiz. Atravesar un campo de correcciones infinitas, buscar palabras donde parece que ya no las hubiera. Llegar, después de días, a un texto vivo, sin ripios, sin tics, sin autoplagios, que

dice, que diga lo que tiene que decir —que cuente el cuento—, que sea inolvidable. Un texto que deje, en quien lo lea, el rastro que dejan, también, el miedo o el amor, una enfermedad o una catástrofe.

Atrévanse: llamen a eso un oficio menor.

Atrévanse.

¿Por qué usar estas herramientas para contar la historia de los menores utilizados y explotados por las bandas delictivas? Porque acercándonos más a las historias de las víctimas de este sistema podrido y dañino, mirando de cerca los caminos que llevan hacia el narcotráfico, el crimen organizado, al riesgo de prisión o de muerte, podremos entender por qué suceden las cosas. ¿Por qué intentarlo desde una prosa que busque seducir? Porque desde el horror o sobre el horror, también se puede producir belleza.

Brujitos
Los niños de la droga

Capítulo primero

‘Made’

Esa noche el ‘Panameño’ llegó, se metió al baño y escondió la droga.

‘Made’, que había mentido diciendo que era mayor de edad para que la dejaran trabajar atendiendo las mesas y haciendo limpieza en esa discoteca, encontró el bulto y le exigió que lo sacara de ahí.

—Había base y coca. De todo un poco —recuerda ‘Made’, que para ese entonces ya conocía mucho sobre esas cosas.

Él vio el temple con el que ella se lo dijo y, entonces, le hizo la pregunta.

—Me dijo: “China, ¿usted quiere hacer billete?”. Yo tenía 14 años y él tendría unos 30, porque lo mataron a los 33.

—¿Te lo dijo así, sin más?

—Sí. Me dijo: “Una caja de fósforos te mide 12 gramos; dos cajas de fósforos son 25 gramos. De 25 gramos se sacan 32 combos, tú mides con una tapita. Cada combo cuesta cinco dólares: tres son para mí y dos para ti”. Y era muy bueno porque en un día se vendía demasiado.

—¿Cuánto era demasiado?

—También depende de la calidad de la mercancía, él me daba a mí para vender la buena. En una noche, yo me podía ganar 150 dólares. Y en la discoteca me pagaban sólo 15 dólares en esa misma noche, por trabajar hasta las 3 de la mañana.

‘Made’ dice, con cierto orgullo en la voz, que es capaz de aprender rápido lo que sea: “las cosas buenas, pero también las malas”. Que la primera noche que vendió droga —a sus 14 años— se ganó 50 dólares y ella, que había dormido tantas noches en el parque, se pagó una habitación en un hotel.

Estuvo dos veces presa en un centro de adolescentes infractores. Cuando la detuvieron por primera vez, llevaba casi dos años vendiendo droga, pero cayó por el robo de un celular. Permaneció adentro cuatro meses y allí cumplió los 16. Un año después, a los 17, volvió al reclusorio, esta vez sí por drogas, gracias a un tipo que la golpeaba, la prostituía y la usaba “como su mula”. Ese encierro duró otros ocho meses, pero estar presa la liberó.

Mientras cuenta esta historia está sentada en un salón del piso 10, en un edificio en el norte de Quito, cuyas ventanas ofrecen la imagen de las montañas y los edificios de la zona comercial de la ciudad. Afuera la esperan su esposo y su hija de dos años, que hace poco aprendió a caminar.

—¿Cuántos años tienes, ‘Made’?

—Hoy estoy cumpliendo 21.

Se me ocurre pedirle que me cuente su vida como si contara una película. Ella lo escucha y ríe, tímida, por primera vez. “¿Como si estuviera haciendo una película?”, insiste, algo nerviosa, y lo primero que dice es:

—A mi papá lo mataron cuando mi mamá estaba embarazada de mí.

No se puede definir a ‘Made’ como una mujer callada o nerviosa. Habla con soltura y tiene una sonrisa luminosa que impregna sus jeans rotos a la moda, su camiseta rosa con estampado de Winnie Pooh y sus zapatos deportivos —también rosa—.

Su familia es de Barquisimeto, Venezuela, y un poco antes de que ella naciera, su padre, que era dueño de una línea de taxis, fue asesinado. Me dice que sospechan de un socio suyo que desapareció después de hacerle firmar a su madre un poder para cobrar el seguro de vida, haciéndole pensar que se trataba de un trámite funerario. Pero a ella le contaron la historia completa recién a los 7 años, el día en que una vecina le dijo “cállate, que tú ni siquiera sabes cuál es tu papá”. Hasta ese entonces, sabía lo del asesinato, lo del seguro de vida y lo de la huida del socio; pero pensaba la víctima era papá de su hermana y que el padrastro de ambas, con quien la mamá se fue a vivir un año después de la muerte, era realmente su papá.

Cuando se enteró de la verdad se sintió engañada, me dice —gesticulando, moviendo las manos con solidez, acentuando las palabras con cada movimiento, mientras su esposo y su hija juegan entre las sillas de la sala contigua:

—Yo estaba como endemoniada. Yo le agarré como rabia a mi mamá. Con razón mis primitas por parte del que yo creía que era mi papá me decían que era una bastarda.

En la sala se concentra el calor sofocante del mediodía. ‘Made’ tiene una invitación a almorzar, por su cumpleaños, pero no se muestra apurada, se toma el tiempo para recordar cada detalle, no se inmuta por el ventilador que está funcionando justo de frente a ella.

—Entonces, empecé a agarrar las drogas —dice, como si contara que se fue a la tienda a comprar un caramelo—.

—¿A esa edad?

—Sí, a los nueve años empecé yo a probar las drogas.

—¿Cómo fue?

—En la escuela.

—¿Cómo fue? ¿Alguien te ofreció?

—O sea, yo veía que hasta a los profesores fumaban, los alumnos fumaban. Todo. Entonces, un día una amiga estaba fumando y yo le dije que me diera.

—Marihuana.

—Sí... y eso me agarró feísimo. La ‘tosedera’. Pero, ya después, en el Liceo empecé como más seguido y más seguido.

—¿Siempre marihuana o también otras drogas?

—Ya después empecé a probar la coca.

—¿A qué edad?

—A los 11. Ahí estaban los muchachos, dándole y les pedí.

—Cuando dices ‘los muchachos’, ¿te refieres a los del barrio o los del colegio?

—Del colegio. Ahí vinieron las malas amistades. Yo digo: nadie pierde a nadie, pero sí ayudan a que uno se pierda. Cuando uno está en esos momentos como de depresión o algo, al buscar la aprobación de la gente, se deja llevar mucho. Es como que ‘esto yo lo voy a hacer para poder andar con ella’. Y empecé como que a perderme más y más. Ya después mi mamá se fue del país, se vino para acá.

—Cuando tú tenías...

—13. Y yo me quedé viviendo con mi padrastro y con mi hermana.

El calor no cede, pese al ventilador. De vez en cuando, la hija de ‘Made’ cruza tímidamente la puerta, como quien hace una travesura, y mira a su mamá. Ella le regresa a ver, siempre con ternura, le habla y le hace cariños. La niña se va, feliz. ‘Made’ no tiene ninguna pose de falsa compostura. Se acomoda algo recostada sobre la silla, estira las piernas hacia adelante y juega moviendo sus pies de un lado hacia el otro.

Un día, en Venezuela —cuenta—, ya con su madre trabajando en Ecuador, salió con sus compañeros a alguna protesta y fue detenida. Dice que, como ni su padrastro ni

su hermana pasaban tiempo en casa, estuvieron a punto hasta de ponerla en adopción. Entonces, llamaron a su madre y le dijeron que, por su seguridad, era mejor que se la trajera con ella a Ecuador. La madre viajó a Venezuela, tuvo que retirarla de una casa de acogida y hasta usar un nombre falso para que la dejaran salir de su país.

—Pero a la semana de estar aquí, me comenzó a sacar todo en cara. Yo me compré una caja de cigarrillos y me fui a dormir al parque. Y en esos días conocí al ‘Panameño’, que en realidad era colombiano, se llamaba Wladimir y luego, con el tiempo, se volvió pareja de mi mamá.

El ‘Panameño’ era narcotraficante. Había nacido en el Valle del Cauca, en Colombia, y tenía buenos contactos en Cali. Al principio traía zapatos y ropa de contrabando y así fue descubriendo las trochas, los pasos ilegales que permean a lo largo de la frontera de los dos países. “Él se fue abriendo la ruta trayendo ropa”, dice ‘Made’. Y así empezó a traer droga.

—En ese tiempo —sigue ‘Made’—, un kilo de base puesto aquí, en Quito, estaba en 1.300 dólares y a él allá le costaba 400. Y era mejor cuando se vendía ‘paqueteando’; ahí eran como 2.000 dólares de ganancia por kilo y un kilo se vendía en dos semanas.

“Yo, de a poco, me fui involucrando más en el asunto”, dice. Fue conociendo cosas. Por ejemplo, que el buen “bazuco” se reconoce por el color: si es blanco, es puro; si es amarillo, no. Pero que también depende del olor: para que sea puro, debe oler como a maní. “A puro maní”. Con el tiempo, ya no sólo vendía en la discoteca, sino también en la calle. Su “erritorio” eran las dos cuadras comprendidas entre la discoteca y el parque de la parroquia de Quito donde vive hasta ahora. Cuando alguien quería comprar, le hacía una “seña mínima”; le hacían, “aunque sea, ojitos” y ella entendía. “Yo también les hacía una seña —continúa—. Les decía que subieran, que bajaran o que me esperaran ahí; luego me acercaba, hecha la loca y vendía”.

El ‘Panameño’ solía decir que, para no llamar la atención —y para evitar que la Policía sospechara—, era conveniente estar en la calle, pero haciendo algo. Y le consiguió a ella otro trabajo.

—Repartiendo volantes —recuerda ‘Made’, con una leve sonrisa—. Entonces, cuando yo veía un fumón, él me hacía señas y yo le repartía el volante, pero en el volante también le estaba entregando la droga.

El ‘Panameño’ solía reclutar niños y adolescentes, para hacer el ‘trabajo sucio’. ‘Made’ piensa por unos segundos, pero, finalmente, calcula que 20% de los vendedores que tenía eran menores de edad.

—Él encontraba a peladitos a los que les decía: “Mira, hazme el favor y véndeme esto”. Así como empezó conmigo.

Cuando se refiere a sus clientes, a las personas que buscaban la droga, ‘Made’ siempre les llama “viciosos” o “fumones”: “El vicioso siempre es muy visajoso. Se hace notar. Depende de cómo esa persona camine, de cómo esa persona se vista. Uno tiene que saber si esa persona es viciosa o no, porque también hay muchos antinarcóticos que te pueden estar poniendo una trampa”.

—¿Cómo camina un drogadicto? ¿En qué te das cuenta?

Al escuchar la pregunta, se levanta de la silla en que ha permanecido sentada todo el tiempo y dramatiza una escena en la que mueve sus manos con insistencia, haciendo movimientos torpes, apresurados. Entra en el papel que quiere representar y, entonces, responde, con la soltura de alguien que sabe de lo que está hablando:

—Cuando ellos andan buscando droga, andan como asustados o desesperados; van como con miedo, no están quietos. Y, claro, hay muchos policías que, siendo policías, también consumen. Entonces, uno tiene que saber cuáles son los policías que consumen y cuáles son los que no. La mayoría de policías que consumen, ¿qué hacen? Ellos llegan, agarran a los fumones, los montan a la patrulla, pero no se los llevan a la UPC, sino que se los llevan a darse una vuelta en la patrulla, les quitan la droga y...

—Y los sueltan.

—Claro. Para irse a fumar esa droga.

En algún punto de esta historia, la madre de ‘Made’ —que ahora tiene 47— y el ‘Panameño’ se volvieron pareja.

—No sé qué pasó ahí —dice—. Porque, en el momentito que me descuidé, ahí pasó todo. Él no era malo. O sea... era malo con la gente que tenía que serlo; a mí siempre me respetó, me decía: “cuando usted se quiera salir, se sale”.

—¿A todos les decía lo mismo o tú eras una privilegiada?

—Sólo a los pelados...

El ‘Panameño’ y la madre de ‘Made’ no sólo se hicieron pareja, sino que comenzaron a vender juntos. Ellos trabajaban solos, dice ‘Made, pero recuerda que entonces ya había algunas bandas operando por esa zona. Se queda en silencio por un momento, pero enseguida habla, como si pensara en voz alta, y recuerda, por ejemplo, a

un hombre viejo que ahora es de Los Lobos, pero entonces era de los Latin Kings. En todo caso, así, entre los tres, fueron ganando mercado en un negocio que —aunque ilegal— cada vez era más rentable.

—Yo iba a reuniones, cuando mi padrastro iba a entregar, con abogados, gente que trabajaba para el Gobierno de entonces, que tú jamás en la vida te ibas a imaginar que esa gente manipulaba droga, que vendía. Había mujeres que parecían las más dulces del mundo y eran las peores mafiosas de toda la banda. Así. Nos hicimos, como quien dice, buenos en eso —dice ‘Made’. Y entonces caí presa. Por lo del robo del celular.

El episodio —como ella lo recuerda— es un tanto confuso. Me cuenta que tenía 15 años y una amiga, que pertenecía a una banda, le pidió que le acompañara a golpear a la amante de su marido, que era parte de la misma banda. Lo dice con genuina naturalidad, como si contara que se fue a tomar un café o al parque de diversiones: “Ese día le dije a mi mamá que me sentía mal, pero cuando me llamaron para ir a pegarle a la moza del marido de mi amiga, como que se me quitó todo el malestar”.

Pero se equivocaron, dice. Se confundieron de persona y golpearon a la mujer que no era; que se parecía, pero no era la que había que pegar. Según su relato, en medio de la trifulca, una de sus amigas aprovechó para robarle el celular a la mujer a la que estaban golpeando. ‘Made’ no sabe cómo pasó —o no lo dice—, pero un rato después, la mujer de la golpiza llegó, junto a un piquete de policías, a la tienda junto al río donde ella y sus amigos estaban bebiendo cervezas.

—Nos cogieron por robo y agresión. Como yo era la única menor de edad, todos quedaron libres menos yo. Mi mamá pensaba que yo estaba durmiendo, pero le llamé y le dije: estoy presa. La chica a la que le pegamos dijo que le diéramos mil dólares y retiraba la denuncia. El ‘Panameño’ quiso pagar esa plata, pero mi mamá se lo impidió; le dijo; “No, para que aprenda”.

—En los centros de mujeres es mucho más fresco. Pero, aunque la gente diría que no es una cárcel grande, sí es una cárcel —dice ‘Made’. Sólo el hecho de estar privado de libertad, de querer irse a tomar un helado a la hora que te dé la gana y no poder, ya es complicado. Pero también aprendes muchas cosas.

Un día, el ‘Panameño’ llegó a la cárcel de menores y se despidió. Le contó que lo acusaban de asesinato y que debía regresarse a su país. Y se fue. Otro día, a las pocas

semanas, ‘Made’ se enteró de que lo habían matado por no querer pagar una vacuna. En su propio barrio en Colombia, el hombre que construyó un pequeño emporio del narcotráfico en Quito fue asesinado delante de su hijo por un mafioso al que no quiso pagarle una vacuna. Poco después, la madre de ‘Made’ también cayó presa por narcotráfico.

Cuando salió de su primer encierro, con 16 años recién cumplidos, se vio completamente sola. ¿Qué hizo?

—Compré 25 gramos y empecé otra vez. Al fin y al cabo, yo ya tenía todos los contactos.

Para continuar con el legado que le había heredado el ‘Panameño’, esa red de contactos que se tejió para el narcotráfico, ‘Made’ comenzó a traer su propia droga directamente desde Colombia para venderla en Ecuador. Y en esas estaba cuando sucedió algo que cambió todo drásticamente. Cuando lo cuenta, se avergüenza un poco; se encoje de hombros, baja un tanto la voz y habla un poco más como en secreto.

—No sé qué pasó —dice, con la mirada fija en la mesa que está frente a ella, casi sin parpadear—; si yo siempre fui una mujer tan fuerte, con tanto carácter. No sé qué me pasó —repite—. Me enamoré.

Ella tenía 17 años cuando conoció a su verdugo. Él, 21.

Cuando lo describe —o más bien dicho, describe lo que le hacía— se le nota molesta, con ira. “Cometí el error de mostrarle a todos mis proveedores”, dice; y da a entender que él se apropió de su negocio. Pero para hacerlo, pasó por encima de ella como un trucutú.

—Me empezó a pegar. Hubo un momento en el que me dejó encerrada en la casa, yo no salía, comía una vez al día. Me trataba como a un animal. Hacía plata y se gastaba con otras mujeres. Llegó un punto en que me puso a vivir con su exmujer, y vivíamos los tres. Me llegó a apuñalar. Un día estábamos peleando y me dio un cadenazo. Después, yo me le escapaba y él me iba a buscar a cachazos o a puñaladas. Yo le tenía miedo. Yo ya no estaba con mi mamá, ella ya estaba presa. Me sentía sola. Sentía que no tenía a nadie. Ahorita me pongo a pensar y digo: qué pasaba, por qué yo estaba tan idiotizada, estaba estúpida.

Un día, él llegó a esa casa que se convirtió en su verdadera prisión y le dijo que se alistara, porque tenían que ir a entregar “una libra” —de alguna droga, por supuesto—. Pero ella le dijo que se sentía mal y no quería salir:

—Y ahí me agarra del cuello y me dice: “tú vas a hacer lo que yo te diga. Tú no te mandas sola”. Me utilizaba como su mula. Nos bajamos en la entrada del sector y le mandó un mensaje al man que nos iba a comprar y le decía: ya estamos llegando. Pero ya lo tenían cazado, lo habían estado esperando. Caminamos una cuadra, yo iba cargada; llevaba la droga en una funda de Marathon, me acuerdo. Él iba por una acera y yo por la otra y justo en la esquina nos estaban esperando los de antinarcóticos. Y ese hombre, por muy hombre que se creía, que se creía que era el más macho, él llegó y me miró con los ojos aguados. Me dijo: “Usted sabe que eso es suyo”.

Con esa frase, en realidad, él le estaba pidiendo que mintiera, que dijera que ella era la única responsable de la droga, la vendedora, la traficante. Con esa frase le pedía que se echara toda la culpa.

(Se dice, se piensa, que como las penas son ‘más indulgentes’ con los menores, que son cortas temporadas en ‘cárceles que no son cárceles’, es más fácil que caiga un menor. Por eso, como ya se irá viendo de a poco, las mafias, las propias familias y la sociedad misma va poniendo a los niños y adolescentes como carne de cañón de las bandas delictivas).

—Yo le dije, lo más relajada: “bueno, dale, eso es mío” —recuerda ‘Made’, y enseguida explica por qué—: Me dejé atrapar. Yo tenía oportunidad de correr, de tirar la bolsa, tenía oportunidad de 1.000 cosas, pero me dejé atrapar.

Con eso lograba escapar de él. Huir hacia un lugar donde iba a estar mejor. En la audiencia ella volvió a mentir y decir que la droga era suya, que se la trajo un amigo que venía desde Colombia y que ya se fue para Perú. Entonces recibió su segunda condena: ocho meses de reclusión.

—Cuando llegué al centro (de adolescentes infractores), sentí paz —dice. Tenía techo, nadie me iba a pegar, tenía mis cinco comidas al día. Fue como un descanso. Pero también estuve sola, nadie que me llevaba ni siquiera un papel higiénico. A veces, me ofrecía a limpiar la oficina de la directora para que a cambio me diera un rollo de papel higiénico, o jabón, o champú, porque no tenía. Yo sentía que estaba en un proceso de desintoxicación.

Un día, la directora le dijo que alguien le había contado que ella se quería escapar. Y ella le respondió que para qué se iba a escapar, si ahí estaba bien. La directora no supo qué contestar.

Durante ese segundo encierro llegaron a su vida los representantes de una fundación que se llamaba Tierra de Hombres y que en ese entonces llevaba a cabo en Ecuador un programa que se llamaba ‘Reinserción’, y trabajaba precisamente con los adolescentes reclusos en estos centros. Verónica Pólit, quien estaba encargada del programa, recuerda a ‘Made’ como una niña reservada, que participaba en todas las actividades, pero no se vinculaba mucho, no compartía. “Hasta que hicimos un taller de escritura con unos teatreros —aclara—. Ella se quebró y entonces se abrió mucho más”. Pero ellos tenían miedo de que recayera al salir, porque no contaba con su madre en ese momento; veían que quería cambiar, pero no tenía las condiciones para hacerlo sola. Así que Pólit la ha seguido acompañando y no ha perdido contacto con ella incluso hasta hoy, cuando piensa invitarla a almorzar por su cumpleaños.

‘Made’ busca algo en su celular con insistencia. Ha perdido un poco el hilo de la conversación porque su atención se centra en esa pantalla, la mira fijamente mientras mueve su dedo índice de abajo hacia arriba, una y otra vez. “Estoy buscando una foto de mi carrito —dice—. Quiero enseñarte mis postres”. Hubo todo un proceso de por medio, pero su vida ahora es radicalmente diferente a la que era. Y busca la foto como si fuera la evidencia de ese cambio, con esa avidez. “Ahora vendo postres en un carrito”, cuenta, sin levantar la mirada.

El padre de su hija, su pareja actual, es pizzero y se conocieron en el cumpleaños de un primo. “Empezamos a salir y me preñó”, dice ‘Made’. Él tiene 25 años y tiene una familia muy unida; lo cual a ella la sorprendió porque en su familia, en cambio “cada quien por su lado”. Cuando piensa en su relación, levanta los hombros y hace con su rostro un gesto de conformidad, como quien dice ahí vamos.

Ella dejó de vender droga desde que salió de la prisión juvenil y dejó de consumirlas cuando quedó embarazada. Recién, ahora que su hija tiene dos años, volvió a fumar cigarrillos. Lo hace sólo cuando está fuera de casa porque su pareja no fuma, no toma y no le gusta que fumen delante de él. Pero ‘Made’ sonríe cuando cuenta que él

empezó a vender cigarrillos sólo para vendérselos a ella. Si van a gastar dinero en eso, que por lo menos quede para la casa.

—Me dice: “cómpreme los cigarrillos a mí o no le dejo fumar”. Y yo le digo: “Bueno, pero me fías” —cuenta y se ríe intensa, sin filtro, una carcajada sincera y emotivamente real.

La foto de su celular, cuando la encuentra, muestra una imagen llena de postres coloridos sobre un carrito ubicado en plena calle. Vende en el mismo barrio en el que ha vivido desde que se mudó a Ecuador, el mismo barrio en el que todo sucedió. “Hasta ahora, que ha pasado tiempo, hay gente que me conoció entonces que no me voltea ni a mirar”, dice. Pero luce feliz. Cuando habla sobre su nuevo negocio, su sonrisa vuelve a inundarla toda.

—Preparo de todo un poco: pasteles de chocolate. Ahora, en las mañanas, me paro a la hora en que se me quita el sueño y me pongo a hornear. Mientras horneo, salgo a comprar otra cosa y llevo a la niña. Salgo a vender, a la calle, a las cinco de la tarde; y me quedo hasta las ocho de la noche. Con mi hija yo llego, armo mi carrito, pongo el coche de la niña junto a mí.

—¿Y cómo se porta ella con los clientes?

—Ella los corre, porque piensa que los postres son suyos y se los están quitando. Ja, ja, ja.

—¿Qué significa ella para ti?

—Todo. Yo digo que, si ella no estuviera, quién sabe yo dónde estaría otra vez.

—¿Qué quieres hacer en el futuro?

—Mi local, mi local, mi local —repite tres veces—. Y yo sé que ya tengo el lugar.

Su hija y su esposo están impacientes en la sala contigua. La niña sigue dando sus primeros pasos reconociendo el lugar, el padre la sigue para evitar que se caiga. El almuerzo cumpleaños sucederá algo tarde, pero no importa, ella se levanta y camina directamente con dirección a ellos.

—Me he sentido como en *Tu voz estéreo* —dice al final.

Capítulo segundo

‘Brujitos’

—De esa esquina, por donde huele feísimo por las pescaderías, bajando una calle, dos calles. Loja y Catuña. Ahí venden la droga— me dice uno de los policías que me acompañan, un joven muy delgado y cuidadosamente uniformado que trabaja desde hace casi un año en este sector y habla como si lo conociera de memoria.

Es verdad. En esta esquina el olor penetrante del pescado lo habita todo: las veredas, las calles, los locales comerciales, los autos parqueados y los que están circulando. En esta esquina del Mercado de San Roque, uno de los principales centros de abasto en Quito, no hay forma de escapar de ese olor. Son calles atiborradas de gente y de los gritos de los vendedores y los ruidos varios de los buses y camiones que transitan todo el tiempo; una camioneta con un altoparlante desde la que una voz masculina muy chillona grita “dólar de mandarinas, la ambateña, 30 mandarinas un dólar”. El sol sofocante de la mañana quiteña en un martes cualquiera de esta parte del centro histórico de la ciudad.

—¿Sí ve esos niños que están arrimados contra la pared, junto a ese señor? —pregunta el policía joven y delgado, mirando hacia una pareja de niños que no deben tener más de 12 o 13 años—. Ellos reparten droga. El señor que está junto a ellos ve algún cliente y les manda a ellos a que entreguen la droga. “Anda a ver qué necesita tu tío”, les dice. Esa es la clave.

Que aquí, en San Roque, se vende mucha droga, dice el policía. Y me recita de memoria el ‘modus operandi’: muchas veces se vende en los mismos puestitos armados con cajones de madera y toldos contra el sol; a veces en los locales comerciales de la zona; a veces quedan de acuerdo entre comprador y vendedor y dejan la droga escondida en uno de los toldos, o bajo una piedra, o en una esquina cualquiera. Menciona varios nombres de bandas delictivas que se disputan este territorio y algunos barrios aledaños. Y luego dice que, en efecto, muchas de las familias utilizan a sus niños como campaneros o para repartir la droga.

—Son niños. Usted los ve y son niños —repite el policía—. Y aquí lo que más se vende es marihuana. Pero también la blanca.

En los portales web de los medios de comunicación y en sus redes sociales existen registros desde hace muchos años sobre esta realidad: “Operativo en San Roque sacó de circulación 3.400 dosis de droga de las calles de Quito”, “Red de microtráfico que operaba en el Mercado de San Roque fue desarticulada”, “En las últimas dos semanas, la Policía ha capturado a ocho personas con estupefacientes en las calles aledañas al Mercado de San Roque”. “Menor de edad con droga en San Roque”, “Durante un control de precios en el Mercado de San Roque, a una adolescente le traicionaron los nervios y se le descubrió droga”. Es una realidad que todo el mundo conoce; y, sin embargo, sigue pasando.

Debemos hacer este recorrido muy rápido para no levantar sospechas. Me acompañan dos policías que dispuso el jefe de la Unidad de Policía Comunitaria de San Roque, un lugar en el que a inicios de 2024 encontraron 130 tacos de dinamita que alguien abandonó y que, si se llegaban a activar, podrían haber causado daños varias cuadras a la redonda. Ambos policías son igual de jóvenes, pero uno permanece en silencio, se limita a ir mirando hacia todos lados. El otro, el más delgado, es el que va explicando todo:

—Aquí muchos de los vendedores o unos guardias que contratan los locales para que parqueen los carros hacen de campaneros. Les advierten: “Ahí viene la Policía”.

De regreso a la Unidad de Policía, el ruido no ha cambiado en nada. Ni el olor. Los policías vuelven a su lugar de trabajo, donde una de sus compañeras desayuna en una de las habitaciones contiguas a la entrada principal. El movimiento caótico de este mercado sigue intacto en medio de la ciudad.

—En San Roque es cuestión de caminar en la mañana y pararse en plena esquina, abajito de las pescaderías y usted va a ver que venden la droga como vender caramelos —me dice Andrés Real, coordinador de servicios sociales del Patronato Municipal de Quito—. Se le acercan nomás: “Aquí tengo pasta, tengo polvo, tengo marihuana, ¿qué necesitas?”. Y ya te hacen solo la seña de qué quieres y ahí están incluso las mamás de estos niños. Yo tengo bien mapeado San Roque. Están en las esquinas vendiendo lavavajillas, jabón, papel higiénico, verduras. Pero en esos mismos localcitos venden la droga. Se pasan las funditas de a dólar, que ellos les llaman las ‘mugas’.

Real me habla a través de la pantalla de Zoom y en cada palabra se le nota la experiencia. Es un tipo blanco, de pelo corto, que —aunque no mueve mucho las manos

al hablar—, con sus gestos faciales remarca cada palabra que va diciendo. Es de noche y él usa un buso plomo de lana y cuello largo; detrás suyo se alcanza a ver un pedazo del techo de su casa y una cortina blanca. Nada más. La imagen en la que aparece es vertical, por lo que se entiende que está conectado a través de un celular y no una computadora.

—A cualquier hora, en cualquier momento del día, esos guaguas están por ahí. Las mismas familias inducen a los niños al consumo y expendio de droga —dice Real—. En San Roque hemos visto cómo los niños son utilizados como campaneros; es decir, los niños están ahí alrededor y van avisando que ya viene la Policía. O hemos visto también el trabajo infantil encubierto: le dan al niño papel higiénico, pinzas, fundas y le dicen “anda ahí a vender”. Pero en la mochilita van llevando la droga. Hemos tenido casos en que los niños, en sus mochilitas y por petición de sus padres, ingresan la sustancia a las escuelas, porque adentro ya hay adolescentes consumidores. Y ellos empiezan a distribuir adentro en el colegio.

Le pregunto si el de San Roque es el caso más difícil de la ciudad y, al principio, me mira con una expresión de extrañeza, casi como si me juzgara; como si me dijera que ojalá fuera sólo en San Roque. Y, enseguida, hace una lista de lugares en los que sucede exactamente lo mismo: La Mariscal, La Carolina, Comité del Pueblo, La Ferroviaria, la Mitad del Mundo, Calderón, Carapungo, La Libertad, Toctiuco... La lista es larga.

Real habla del tema con soltura, vehemente. Lleva 12 años en el Patronato, donde empezó a trabajar como tallerista para los menores que son parte de sus programas. Les enseñaba música, arte, pintura. “Todo lo que tiene que ver con las artes”. Luego, cuando se graduó de sicólogo clínico, entró a trabajar en el proyecto de erradicación del trabajo infantil, donde permaneció por unos ocho años. Y, desde octubre de 2022, es el coordinador del servicio. Siempre que se le hace una pregunta recurre a una de las cientos de historias que ha conocido en este tiempo: “Yo tengo un caso de un niño que trabajaba de betunero”, “Tenemos un caso muy fuerte”, “Yo tuve un caso”, “Como me pasó un día en que a una niña le abordaron”, “He tenido casos de niños que a los 15 años ya salen de nuestro servicio y después ya les veo en el mercado, vendiendo, consumiendo. Les pregunto qué pasó: ‘No, profe, ya perdí el colegio, ya no quise estudiar; yo les agradezco a ustedes todo lo que hicieron por mí’”.

El Patronato, la Fiscalía y la Policía han hecho incluso árboles genealógicos en varios de estos sectores, que demuestran que varias generaciones de familias enteras que se han dedicado por décadas a este ilícito. Andrés Real cuenta que en la zona de La Mariscal construyeron un mapa grande, al que él llama «genograma familiar»:

—Son el primo, el tío, el abuelo, la abuela, la tía, el guambra, el primo y un montón de gente. Era una red grandota y ahora nos damos cuenta de que los que en su momento fueron niños vendedores de droga ahora ya son adultos, tienen guaguas y ya les están poniendo en la misma dinámica.

La herencia, el legado. De nuevo.

—Yo tuve un caso de tres niños que entraron en un proceso de investigación porque luego del colegio se iban a La Carolina —sigue Real—. Según la mamá, sólo se iban a jugar fútbol, pero un día la Dinapen hizo un operativo y los niños cayeron presos. Entonces, cuando fui a ver el tema con la compañera de trabajo social, nos explicaban que no les cogieron a los guaguas ese rato, sino que ya venían haciéndoles seguimiento. Los niños estuvieron inmiscuidos porque las tías y los primos de ellos vendían droga. Y los míos, que iban allá a La Carolina —entre comillas— a jugar fútbol, también había días en los que distribuían, porque les daban dinero. Y el niño, cuando ya empieza a tener dinero, dice: “Hoy me puedo comprar un helado, me puedo comprar una salchipapa”. A veces llegan y te dicen: “Profe, mira, me compré zapatillas nuevas”. ¿Y de dónde? “Ay, me regaló mi mamá”. Y empiezan a mentir para justificar.

—El niño que conoce el dinero, que es dinero fácil, por primera vez.

—Es que también hay que ver la retribución económica que esto deja. Es un ingreso bastante fuerte que tienen las familias por el expendio de drogas. Ellos dicen: “No necesito un trabajo porque acá se gana más”. Entonces, también viene este sistema de acomodación, de decir “aquí ya tengo lo mío”, pero no se ponen a ver los riesgos y las consecuencias: puedo caer preso, puedo salir muerto, puedo perder a alguien de la familia y ahí nacen las redes y las redes, en muchos casos, son familiares.

—¿Por qué son los niños utilizados de esa manera? ¿Por qué como carne de cañón?

—Porque saben que los niños no pueden ir a las cárceles de adultos porque les protegemos nosotros, desde el enfoque de derechos. Las familias tienen mucho conocimiento de esto, conocimiento legal. Incluso se asesoran con abogados que les dicen: “Mira, vos no vas a tener problemas si le pones a tu hijo a ‘trabajar’; o si le pones y le consigues también al primo”. Hemos tenido redes, por ejemplo, en La Libertad, Toctiuco, San Roque, que iban donde las familias que tienen problemas de consumo de drogas y les decían: “Préstame a tu hijo; le voy a llevar”. No les decían a dónde, los pasaban recogiendo en una camioneta y los ubicaban en sectores estratégicos para mendigar y vender droga. Y a las familias les pagaban con una botella, con dos botellas,

tres botellas. Y los papás, como no les importaba nada porque estaban envueltos en el consumo, les exponían a sus hijos a esto.

Antes de terminar la conversación, vuelve a mencionar el caso de La Mariscal. El “genograma familiar” de la droga: “Si usted, por ejemplo, va a las afueras del Centro Comercial Espiral, ahí en La Mariscal, va a ver un grupo de guaguas que están ahí, alrededor de las gradas; que están mendigando, que están vendiendo caramelos. Esos mismos guaguas también están vendiendo droga. Y por ahí están los niños que venden flores”.

Me pongo de pie, frente a la entrada del Centro Comercial Espiral, en La Mariscal —el inicio de la zona rosa de la ciudad, rodeada de bares, discotecas, restaurantes de varios tipos, farmacias, locales de arreglo de celulares, mercados artesanales, hoteles, hostales, agencias de viajes y turistas de todas partes—. Es hora de almuerzo y en los restaurantes de los alrededores hay muchas personas con ternos y vestidos elegantes, corbatas y tacones, peinados varios. Son los funcionarios de las fiscalías y dependencias públicas que también funcionan en la zona y salen a alimentarse casi en estampida, para alcanzar a regresar a tiempo a sus oficios. A un lado de la avenida Amazonas, una de las principales arterias de la ciudad, algunas bicicletas circulan en la cicloavía.

La cuestión es que yo, parado de espaldas al centro comercial, veo una familia sentada en el borde de uno de los jardines decorativos de la plaza. Parecen ser una familia. Hay una mujer madura con el cabello recogido en cola de caballo que usa un delantal celeste, está con las piernas cruzadas y con un cajón en el que ofrece caramelos, chicles, cigarrillos, chocolates... Otras dos mujeres más jóvenes que usan ropa deportiva; la una lleva gorra y mochila negra, la otra una cartera con su tira cruzada a lo largo de su tronco; entre las dos tienen otro cajón igual al de la mujer madura. Hay un hombre de jean, buzo de manga larga y gorra roja, que mira fijamente hacia su lado derecho, mientras mantiene las palmas de las manos pegadas entre sí. Y hay dos niños: un niño de unos seis o siete años, que en este momento sostiene entre sus manos un celular; y una niña de unos doce o trece que se aleja un poco del resto acarreado una especie de carretilla metálica donde hay juguetitos y otras chucherías que ella empieza a vender.

Tomo una foto y se la mando por WhasApp a Andrés Real, que estaba pendiente de mi mensaje porque le había anticipado que estaría justo a esta hora, en este lugar.

—¿Son ellos?

—Sí, ellos son —me responde—. Justamente ese es el espacio en el que ellos se ubican. Son niños que están en riesgo porque los ponen a trabajar, los ponen a mendigar y, en ciertos casos, hasta les ponen a robar. Esta familia ya viene con un antecedente de varios años, incluso ya tiene conocimiento la Policía, han hecho algunas intervenciones. Esos niños son los que portan la droga, en su ropa, en sus mochilas. Los más grandecitos son los que lideran, pero también vas a ver niños pequeños. Ya mismo comienzan a llegar más, porque hay muchos que todavía a esta hora, siendo miércoles, están todavía por la Universidad Central. Ya más tardecito bajan a La Mariscal, a la Plaza Foch y sus alrededores.

Miro hacia el otro lado de la plaza. Rodeadas de algunas palomas están sentados una mujer y dos niños. La mayor, que no tendrá más de unos siete u ocho años, viste completamente de rosado y lleva en su mano derecha varias fundas plásticas llenas de caramelos, chicles, cholates, gomitas y otros dulces para vender.

Les tomo una foto y se la envío también a Andrés Real.

—¿Y ellos también?

—Sí, exacto. ¿Ves? Son niños en situación de riesgo.

—¿Esas son las familias, entonces?

—Y seguirán llegando más.

Permanezco algún tiempo más sentado en una de las bancas de la plaza. Varias personas se acercan a la niña de 13 años que estaba con la primera familia; parece que preguntan precios de los juguetes, que regatean un poco. Algunos le compran, ella entrega algo. No alcanzo a ver qué. Su familia la mira, mientras tanto, sin decir mucho, casi en silencio.

Al poco tiempo, la señora que estaba al otro lado de la plaza se levanta y comienza a caminar, junto a los niños que la acompañan. Caminan despacio, saludan con uno de los vendedores ambulantes de la zona y siguen su camino. Se pierden en la esquina, donde viran a la izquierda, con dirección a la Plaza Foch, tal como lo había dicho Andrés Real. Lo último que veo es el rosado intenso de la ropa de la niña de los caramelos.

Capítulo tercero

“Sé que puedo morir”: pandillas por mafias

Las personas con las que converso tienen una idea en común y la repiten mucho: las mafias —las verdaderas mafias— que ahora manejan el negocio sucio de la droga y el crimen organizado no tienen nada que ver con las pandillas que conocíamos hasta hace algunos años en Ecuador:

“Era muy diferente. Antes había vendedores de droga, pero no mafias, como ahora”. “Ahora ya no son los Ñetas, los Vatos Locos, los Latin Kings; ahora son como mil bandas que pelean por todo. Los Lagartos y los Choneros eran panas; pero ahora los lagartos son amigos de los Lobos, y los Tiguerones son amigos de los Choneros, cuando antes eran enemigos. Todo puede pasar”. “Ahorita están reclutando sólo menores”. “Ya no son pandillas, ahora son mafias”. “Los Ñetas, Latin Kings, Vatos Locos se desintegran y pasan a formar parte de las mafias. Y es ahí donde nos confundimos porque no sabíamos dónde estábamos”. “10 minutos después, a mí me mandaban videos para que vea cómo le cazaron, para que vea el poder que tienen las mafias”.

Este miércoles soleado, un poco pasadas las 10 de la mañana, algo muy parecido me dice José Luis Guerra, el encargado del programa de protección de Unicef en el país:

—En Ecuador ha existido reclutamiento de niños y niñas desde hace muchos años; también ha existido explotación laboral, sexual desde hace mucho tiempo. Pero lo que vemos en los últimos años es algo diferente.

—¿Qué es diferente? ¿Desde hace cuánto tiempo?

—Hay un cambio abrupto desde el 2019. Hasta entonces teníamos una estadística relativamente estable sobre homicidios contra adolescentes. Y, de repente, comienzas a ver que esos homicidios crecen. En los últimos cinco años han crecido en un 700% y es algo que nunca se ha visto en el país.

—¿Y estos asesinatos son por la acción de las bandas?

—Es uno de los indicios que tenemos: que se vincula con la violencia armada. Habrá niños y adolescentes que mueren siendo parte de las bandas, habrá niños que mueren por represalias ante todo lo que pasa alrededor de las bandas. Habrá niños que mueran porque están ‘en fuego cruzado’, es algo que queremos investigar. También hay un incremento en la estadística de la Policía: antes teníamos partes relacionados con

adolescentes sólo en temas de microtráfico, ahora existen más partes de adolescente vinculados con tenencia de armas. Los adolescentes están teniendo mayor acceso a las armas y eso se vincula con el crecimiento de estas bandas criminales.

Guerra habla desde una estrecha oficina casi a la entrada del piso que ocupa Unicef en un edificio del norte de Quito, al que se accede sólo después de pasar dos controles de seguridad y un mural que dice: “Para cada infancia, esperanza”. La oficina tiene un ventanal y puerta de vidrio incluida. En una de las paredes hay dos letreros: uno que dice “aforo máximo 4 personas”, y otro, junto al interruptor, que dice “apague la luz antes de salir”.

Es un tipo joven que guarda —en sus gestos y en su voz— la paciencia de un anciano sabio. Luce algunos cabellos blancos, lentes gruesos, jeans, camisa arremangada y zapatos cafés, casuales. Sus palabras son duras como yunques, pero las dice con aplomo y serenidad. Habla sobre violencia, trata de personas, de las formas en que los criminales usan a niños y adolescentes; pero lo hace con tal solvencia que a uno sólo le queda seguir escuchando:

—Antes, de alguna manera, sabías que había un grupo armado, con una estructura jerárquica, que inclusive llegaba a tener ciertas normas; que definía qué hacían los niños y qué no hacían. O cómo se cuidaba a los niños dentro de estos grupos —dice, con respecto a las pandillas de hace cinco años—. Ahora vemos que pocas de estas bandas tienen algún tipo de estructura; la mayoría, no. Y en esa desorganización comienzan a abusar de los niños y los vuelven carne de cañón. Muchas personas dicen ‘usamos a los niños para estos delitos porque no son imputables’. Pero sí son imputables. Si un niño asesina, va preso ocho años, no es que no le pasa nada. En realidad, las bandas utilizan a los niños porque no les importa utilizar a los niños. Prefieren poner en riesgo a un niño de 13 años —que hace todo lo que le digan— que hacerlo ellos mismos, teniendo 25, 30. Un niño no tiene opción de decir que no. En estos lugares se dice: “Ok, yo pierdo un niño, pero tengo en la fila 10 más que van a llegar y van a ocupar su lugar”.

—¿Para qué tipo de actividades son reclutados los niños por estas bandas?

—Esto también ha cambiado. Antes podías pensar que estas organizaciones buscaban chicos para vender droga en los colegios, para el microtráfico en otros lugares. Pero ahora los niños ya son utilizados para muchas otras cosas. Para todo. Descubrimos que a los más chiquitos sí les dicen: tú vas a ser campanero. Para mí es como decirles: necesito que me sirvas por algún tiempo y no quiero que te mueras tan pronto. Después tienes los que ya no son campaneros, sino son utilizados para otras actividades:

administrativas, de servicios para los miembros de la banda. Tienes que ganarte tu espacio; entonces, tienes que cocinar, tienes que limpiar, tienes que barrer. Es un tipo de explotación que están sufriendo los adolescentes y es un delito. Podemos decir “no está haciendo nada malo”, pero están dentro de la parte organizativa. Y, después, les comienzan a usar ya para cometer delitos: asaltos y demás. Pero también hay otras bandas en las que les ponen enseguida a los niños a cometer delitos graves. Les ofrecen un montón de cosas: la pistola, la moto, las mujeres. Esta idea absurda, medio mesiánica, de que es mejor vivir bien un año que vivir miserablemente 50. Porque saben que pueden morir.

—¿Eso les dicen?

—Esa es la idea. Los niños te dicen: “Yo sé que puedo morir. Pero prefiero vivir así”.

—¿Cómo logran convencerlos de eso?

—Es que existe la idea de que, si haces todo esto bien, si cumples con lo que te pide la banda, eventualmente vas a llegar al espacio donde están los privilegiados, que se benefician ya del negocio duro, del tráfico de drogas a nivel internacional. Entonces, tú tienes que ganarte el espacio. Serán muy poquitos los que llegan, pero, si llegas, vas a estar con esta gente, los intocables, los que tienen muchísimo dinero

Los datos, muchas veces, son también capaces de contar una historia.

Según las cifras oficiales del SNAI, la entidad pública encargada del sistema carcelario y de rehabilitación social, actualmente existen 10 centros de adolescentes infractores —lo que comúnmente se conoce como correccionales de menores—, ubicados en ocho provincias del país: Pichincha, Guayas, Azuay, Tungurahua, Chimborazo, Imbabura, Esmeraldas y Loja. Solamente dos de ellos son femeninos, uno en Pichincha y otro en Guayas. Entre todos esos centros, a julio de 2024, había 445 menores reclusos.

A pesar de que también consulto cuáles son los delitos más comunes por los que estos menores pagan sus condenas, los encargados del departamento de relaciones públicas dicen que no pueden darme esa respuesta. Argumentan algunos artículos del Código de la Niñez y la Adolescencia que hablan sobre el derecho de estos niños a que no se hagan públicos sus antecedentes penales. Cuando les insisto y les digo que no quiero los antecedentes penales de nadie, sino una cifra general de los delitos más comunes, me

dicen que elevarán la consulta a sus superiores y eso es lo último que sé de ellos. Sin embargo, tengo una respuesta oficial previa, fechada en junio de 2020, en la que el entonces encargado del departamento me decía: “Gracias por su interés en el tema de adolescentes en conflicto con la Ley. El tipo de infracción mayoritario son los problemas de violencia sexual; luego, está el tema de sustancias objeto de fiscalización —es decir, drogas—.

—En esto también ha cambiado la dinámica en los últimos años —me dice Verónica Pólit la exencargada de la fundación Tierra de Hombre, que hasta ahora trabaja muy de cerca en el sistema de justicia juvenil.

Me explica que hasta el 2012 había, en promedio, unos 2.000 adolescentes reclusos en estas cárceles de menores; pero en 2014, con la aprobación del Código Orgánico Integral Penal y una reforma al Código de la Niñez y la Adolescencia, se crearon las medidas sustitutivas —distintas a la reclusión— por delitos menores, que se podían tratar con acciones socioeducativas. Desde entonces, se ha ido reduciendo el número de menores dentro del sistema de justicia juvenil, llegando a un promedio actual de 800: la mitad con medidas socioeducativas, la mitad con reclusión dentro de estos centros.

—¿Qué tipo de medidas sustitutivas le dan a un menor cuando no va preso?

—El Código establece cinco tipos de medidas no privativas de libertad, que van desde un llamado de atención al adolescente y a la familia, hasta apoyos socio-psico familiar, servicio comunitario, atención psicológica sola. Tienes varias medidas y reglas de conducta que puede establecer el juez.

—Todo esto dependiendo de la gravedad, ¿no?

—Sí. La justicia juvenil es una justicia especializada, existe lo que se llama el principio de proporcionalidad. En los adultos ‘este es el delito, esta es la consecuencia’. En la justicia juvenil tienes que ver las condiciones familiares, sus condiciones comunitarias, niveles de pobreza, si está escolarizado o no. Tienes que analizar realmente todo el contexto, incluyendo la salud mental, el desarrollo...

Pero, de nuevo, las cosas que han cambiado, las pandillas que se convirtieron en mafias, el auge del narcotráfico, el crimen organizado. En enero de 2024, el presidente, Daniel Noboa, decretó la existencia de un conflicto armado interno —una decisión cuya legalidad y pertinencia ha sido al menos puesta en duda por decenas de constitucionalistas y expertos en Derecho Internacional—, con lo cual denominó a 22 bandas delictivas como terroristas y ordenó a la Fuerzas Armadas que iniciaran acciones militares para neutralizarlos.

La decisión se tomó tras la incursión armada en contra del canal TC Televisión, durante la transmisión en vivo del noticiero del mediodía, un hecho que significó una escalada sin precedentes de la violencia en Ecuador y causó conmoción en todo el país. Las autoridades atribuyeron este ataque delictivo a la banda conocida como los Tiguerones y lo calificó como terrorista. Tras el operativo que liberó a los periodistas, presentadores y otros trabajadores del canal que fueron tomados como rehenes, la Policía informó sobre 13 detenidos en total, cuyas edades oscilaban entre los 16 y los 25 años. Dos eran menores y fueron puestos, precisamente, a órdenes de la justicia juvenil.

Ese momento —la declaratoria del conflicto armado y la orden a las Fuerzas Armadas de entrar en ese conflicto— marcó otro quiebre en esta historia. Los detenidos empezaron a contarse por miles y la información oficial —a dónde los estaban llevando, cómo los estaban procesando, quién los estaba juzgando— era cada vez más un secreto. Verónica Pólit explica que eso también se vio reflejado en el sistema de justicia juvenil.

—Hasta el 2020, 2021, quizá hasta inicios del 2022, teníamos hasta el 70% de todo el sistema, entre privativa y no privativa, de delitos de naturaleza sexual, que van desde una cuestión muy leve, hasta una gravedad bastante alta, incluyendo violaciones con dolo, con violencia. Lo cual es muy preocupante para nosotros. Ahora, desde que empieza a profundizarse la crisis de inseguridad en el país, comienza a cambiar un poquito la dinámica. Se reduce el porcentaje de los adolescentes involucrados en violencia sexual y se incrementa el de los delitos relacionados con la delincuencia organizada, sobre todo violentos.

—¿Cuánto se ha incrementado?

—Yo plantearía que, probablemente, ahora el 30 o el 40% de los casos son delitos que tienen que ver con el consumo de sustancias. Yo diría: 30% tema sexual, 30% tema de drogas y 30% delitos más graves, vinculados con la delincuencia organizada.

—¿Asesinato?

—Sí. Hay un incremento en la gravedad de los delitos, no necesariamente en la cantidad de adolescentes en el sistema. Tienes asesinato, sicariato, extorsiones, secuestros extorsivos, tienes robos y otras cosas. Y el 10% que resta sería de otro tipo de delitos: lesiones y otras cosas que se pueden judicializar.

Sólo en delitos relacionados con el narcotráfico, las cifras oficiales de la Policía dan cuenta de 254 menores detenidos en operativos durante la primera mitad del 2024. Si se compara con la cifra total de 2023: 361 menores, se entiende que, si la tendencia se mantiene, en 2024 la cantidad se podría incluso duplicar. Algunas de las provincias donde

más detenciones de menores se registran son también aquellas donde hay más presencia del crimen organizado: Guayas, Pichincha, El Oro, Manabí, Esmeraldas, Los Ríos, Loja, Tungurahua, Santo Domingo de los Tsáchilas.

Ya en enero de 2024, Unicef lanzó una primera gran advertencia, mediante un estudio al que tituló: “Ecuador: la tasa de homicidios de niñas, niños y adolescentes aumentó en un 640% en cuatro años” y tenía, como subtítulo, esta frase: “El incremento de la violencia pone a más niños en riesgo”. Citando cifras oficiales, del Ministerio del Interior, Unicef revela que hubo 770 homicidios de menores en 2023, frente a los 104 casos registrados en 2019.

Por supuesto, esta es una realidad palpable. En redes sociales se vuelven virales cada vez más crímenes cometidos por menores: el país se conmocionó al ver cómo un niño mataba a sangre fría al chofer de un bus en medio de un asalto; se han publicado videos de cámaras de seguridad que muestran a menores extorsionando a dueños de locales comerciales en las temidas ‘vacunas’ que tanto terreno ganaron en el país; las propias Fuerzas Armadas, tras la declaratoria de conflicto interno, publicaron videos con detenciones de decenas de adolescentes, muchos de ellos sometidos a tratos tan degradantes y subhumanos como lijarse un tatuaje del pecho ensangrentado.

En mayo de 2024, el medio de comunicación La Defensa publicó un documental sobre el tema en el cual se revela que, según las cifras de la Fiscalía, los delitos cometidos por menores de edad, como robo, tráfico de drogas, extorsión y secuestro se han duplicado y, en algunos casos, hasta triplicado en los últimos tres años.

Sólo en Guayas, por ejemplo, los menores implicados en casos de tenencia de armas pasaron de 46, en 2021, a 122, en 2023. Por robo fueron procesados 46 menores en 2021, mientras que la cifra llegó a 122 en 2023. Los casos de asesinato pasaron de 17 a 33; y los de narcotráfico de 24 a 39. En Manabí, los casos de tenencia de armas en menores pasaron de uno en 2021 a 25 en 2023; y los casos de narcotráfico de 5 a 15. Y así un largo etcétera que sólo confirma la tendencia.

Como parte del documental, La Defensa presenta el testimonio de un estudiante de un colegio de Guayas, quien narra cómo sus compañeros se van vinculando a las bandas para distribuir la droga: “Al pasar el tiempo, mientras tú sigues estudiando, te vas dando cuenta de quiénes son los que venden, los que están en bandas. Los que venden siempre pasan fugados, pasan fuera, o siempre metidos en los baños y ese olor llega durísimo. En cambio, los que son de banda, como dicen acá, siempre ‘montan la de loco’: van sobrados, hablando de que portan armas, o hablando de que ‘tengo tal rango’, ‘soy

esto’, ‘soy así’, ‘no me puedes tocar’, o ‘si te metes conmigo, ya sabes lo que te va a pasar’”.

El mismo documental incluye la historia de una maestra de un colegio de Milagro que comienza su testimonio con la siguiente frase: “Nosotras sabemos lo que ocurre gracias al crimen organizado y toda esa situación de violencia que vive el país”. Cuenta, enseguida, que ha visto cómo el reclutamiento de niños y jóvenes se da en las propias escuelas y colegios. Que hay niñas que no cumplen los 14 años de edad y ya son parte de estas mafias: “En el colegio donde trabajo ya se registraron atentados de sicarios. Entraron a nuestras instituciones educativas para reclutar a las jóvenes, a los jóvenes, para darles drogas. Los encontramos vendiendo, consumiendo; pero nosotras no podemos ni siquiera tocar sus mochilas, porque como los padres y las madres son conocedores de todo esto, llegan a denunciarnos a la Junta Cantonal, si actuamos. Las niñas y los niños son presa fácil de las mafias”.

La Policía me entrega un gráfico muy bien diseñado y lleno de colorcito: azul, amarillo, naranja, verde, gris. Es un flujograma mediante el cual se describe el proceso por el cual los niños, los adolescentes pasan a ser parte de estas bandas delictivas. En primer lugar —en color azul— está el ‘Reclutamiento’, definido en una línea y media: “Capacitación, engaño y familiares involucrados en actividades criminales”. En segundo lugar —en gris— está el ‘Entrenamiento’, que se define así: “Capacitación a menores de edad en el uso de armas, tácticas de vigilancia y distribución de drogas”. En tercer lugar —en verde— dice ‘Roles específicos’: “Los grupos delictivos reclutan a menores de edad y cada uno cumple una función específica, como son: vigilancia, distribución, transporte, sicarios, extorsionadores y reclutadores”. En cuarto lugar —en anaranjado— están los ‘Métodos de control’: “Amenazas y violencia, dependencia y adoctrinamiento para incrementar la violencia y la distribución de drogas”. En el quinto y último lugar —en amarillo— dice ‘Actividades delictivas’: “Narcotráfico, extorsión, robo y trata de personas para aumentar la violencia por disputa de territorio”.

En un siguiente cuadro, igual de colorido que el anterior, la Policía hace un listado que se titula “Factores que inciden para realizar actividades delictivas”. Va, más o menos, así: “Falta de empleo, oportunidades y educación; economías ilegales de sustento; falta de centros de rehabilitación de consumo de drogas y bandas criminales en el interior de las cárceles; incremento del nivel de violencia; violencia intrafamiliar, consumo de drogas, trabajo sexual, desintegración familiar, trabajo infantil; alto índice de pobreza, violencia, consumismo y hogares disfuncionales...”.

Como experta en el tema, Pólit se muestra de acuerdo en la mayoría de las cosas que contienen los cuadros de la Policía; aunque como tantas veces, deja claro enseguida que es algo más complejo.

—Como nosotros lo vemos, es un tema sistémico, no una situación particular — me dice José Luis Guerra, el representante de Unicef, desde la oficina del ventanal y los letreros en las paredes— Es importante entender cuál es la historia detrás de todo lo que pasa con los niños y niñas que son reclutados, ya sea por bandas criminales u otro tipo de órganos armados.

Desde el principio de la charla, Guerra mantiene abierta frente a sí una libreta con el color celeste de Unicef en la cubierta y la cinta separadora. En dos de sus páginas hay algunos apuntes suyos, con ideas a las que de vez en cuando recurre mientras habla. Sobre la libreta está abandonado su teléfono celular, al cual ni siquiera ha regresado a mirar. En el escritorio hay una computadora, dos vasos transparentes de vidrio y un jarro blanco.

—Vivimos en un país —dice— en el que uno de cada tres padres considera que pegar a sus hijos es una medida disciplinaria adecuada. Donde uno de cada dos niños de cero a cinco años es pegado o maltratado psicológica o físicamente. En un país en el que seis niñas de entre 10 y 12 años dan a luz todos los días. En el que más de 106 niñas de entre 15 y 19 años dan a luz todos los días. Por eso digo que es sistémico. Tú no reclutas a un niño que está bien, cuya familia tiene todas las opciones, el acceso a servicios y demás. Atrás de todo esto hay familias desestructuradas y esto se vincula también con la deficiencia de servicios públicos de protección. ¿Cómo puedes tú creer que un niño puede ver otras opciones diferentes a ser parte de estas bandas, cuando probablemente no tiene un servicio adecuado de educación, de salud?

Unicef realiza anualmente una encuesta en más de 90 países, a la que llaman ‘U-report’. A través de redes sociales, como el Messenger de Meta o WhatsApp hacen preguntas, generalmente de opción múltiple, que puede responder cualquiera y cuyas respuestas son anónimas. En Ecuador se hace desde 2019 y muchas veces se apoya en el Ministerio de Educación para la difusión, para llegar a los chicos de 12 a 18 años, la población que más les interesa. La encuesta más reciente se hizo en el último trimestre de 2023 y Guerra la define como un “termómetro interesante”. De los 20.000 adolescentes

que la llenaron, 1.000 respondieron que conocen a alguien que ha sido reclutado o está en riesgo de ser reclutado por una banda delictiva. Es decir, el 5%.

—Esto refleja también que hay poca información para entender la verdadera magnitud del problema en el país —dice Guerra—. Nosotros estamos haciendo justo ahora una investigación para resolver esa pregunta que me haces: ¿cuál es el perfil de reclutamiento de niños y niñas en el país? Queremos entender a detalle: ¿cómo funciona el reclutamiento?, ¿dónde se les acercan?, ¿simplemente son llevados a la fuerza, o todas las anteriores?; ¿en qué zonas, en qué localidades?, ¿cómo funciona en la Sierra, en la Costa? Necesitamos más detalles.

Me cuenta, entonces, sobre un taller que dictaron en Esmeraldas, una de las provincias con mayor incidencia de las bandas delictivas. Hablaban sobre prevención de la violencia, iban a preguntarles a los niños y adolescentes qué les gusta hacer, qué quisieran hacer en el futuro. En la primera reunión se le acercó un chico y le dijo: “Si ustedes me ofrecen algo, yo no me voy con la banda”. Él se imaginó que le iba a pedir algo en concreto, “un curso de fotografía, balones de fútbol, no sé”. Pero la respuesta del joven le sorprendió. “Lo que sea —le dijo—; no tiene que ser caro, no tiene que ser nada del otro mundo. Si me ofrecen algo, no me voy con la banda, así de simple”.

—¿Para qué son reclutados los niños y adolescentes? ¿Qué roles cumplen ahora dentro de las bandas?

—Es complejo decir que existe una forma única de reclutamiento o una forma de aproximación estándar. Generalmente, se habla de niños hombres buscados para cometer delitos; pero cada vez tenemos más noticias, en Guayas, en Manabí, de que se comienza a reclutar niñas para explotación sexual dentro de la propia banda y fuera de ella. Y hay otras bandas —porque estamos hablando de más de 22 grupos— que ya están reclutando niñas para otro tipo de delitos, como el microtráfico. Son esferas de las bandas, que van desde el enfrentamiento con otras bandas hasta cómo monetizar o cómo crear recursos. Porque eso es también algo que las bandas comenzaron a entender: que necesitan recursos para existir, que no se trata solamente de ganar espacio y territorio, y sacar droga del país, sino que a veces necesitas monetizar. Y las bandas que, probablemente, son más pequeñas que otras, comienzan las extorsiones, secuestros, asaltos, el microtráfico. Y esto lo ven como un modelo de negocio para tener dinero, para funcionar, para poder mantener su estructura.

Guerra tiene ahora el tiempo justo porque en pocos minutos debe atender a una reunión. Me alcanza a decir que esta realidad es más grave en las provincias de la Costa:

Esmeraldas, Manabí, Guayas, El Oro... “también en Los Ríos hay un incremento”. Pero me aclara que las noticias llegan cada vez de más lugares. “Pasa en Quito, tenemos reportes de enfrentamientos en distintos lugares de la Sierra Central. ¡En una ciudad como Guaranda!”.

—Entonces, dices: “ok esto es algo que no se había visto antes” —me dice.

—¿Y cuáles son los efectos de estas cosas en los niños? —alcanzo a preguntar antes de tener que cortar la grabación.

—Los efectos son para toda la vida. Hay quienes comparan esto con los peores tipos de violencia que puede sufrir un niño, una niña. Las afecciones psicológicas son profundas, no se resuelven. Son cosas que no se reparan. Es como cuando tú le hablas a un familiar de una víctima de un delito de lesa humanidad: la reparación nunca llega a ponerte en la situación en la que estabas antes del hecho. Es exactamente lo mismo con el reclutamiento. Y el reclutamiento está dentro de estos crímenes que más afectan la dignidad del ser humano. Su reparación es imposible; al 100%, es imposible. A un niño que ya fue parte de una banda le va a ser muy difícil seguir estudiando, entrar a la universidad, que alguien le contrate, que tenga un desempeño profesional, o un negocio, porque ya tiene eso encima suyo: yo fui parte de una banda, cometí delitos graves. Y cualquier persona que se entere no va a querer estar cerca de mí, y no va a querer trabajar conmigo.

Al salir, antes de pasar de nuevo por los filtros de seguridad, me queda sonando con fuerza de nuevo la frase de la entrada: “Para cada infancia, esperanza”. Me regreso para hacerle una fotografía porque no la quiero olvidar.

Capítulo cuarto

‘Michael’

‘Michael’ acostumbraba a llevar los paquetitos de droga escondidos entre su ropa para no llamar la atención. Cuando salió de su casa, vestía dos pantalonetas, zapatos deportivos Nike y una camiseta ploma. La droga estaba por todos esos lados. En ese entonces —además— se pintaba el pelo de distintos colores para no ser fácil de reconocer. Era jueves por la mañana y él caminaba feliz porque iba a venderle una libra entera de marihuana a un conocido que le dijo que la necesitaba para una fiesta con unos amigos, en el sur de Quito. “¿Estás seguro? —le preguntó ‘Michael’—. La libra entera cuesta 220 dólares”. Cuando el cliente le dijo que sí, que sus amigos estaban dispuestos a pagar lo que fuera “con tal de vacilar el día”, él creyó que había hecho un negocio redondo. “Bacán —pensó—, es jueves y ya tengo para viernes, sábado y domingo”.

Cuando llegó a la esquina donde se encontrarían, vio a su cliente junto a otros dos chicos, jóvenes, como ellos. Les presentó, se saludaron, todo iba bien. Uno de los hombres que acompañaban a su cliente lo guio hacia un camino de tierra, algo alejado, y sacó la ‘gramera’ —una pesa que se usa para pesar la mercancía—. “Yo ya tenía un presentimiento demasiado fuerte”, dice ‘Michael’. No hizo caso, por supuesto, y se puso de rodillas para comenzar a pesar la marihuana. Entonces, uno de los chicos desconocidos cargó la pistola y la apuntó directo sobre su cabeza. “¡Quieto, conche tu madre!, ¡Antinarcóticos!” le gritó.

‘Michael’ comprendió enseguida lo que había pasado: ese cliente, antiguo conocido suyo, lo había vendido. “Tú no sabes con quién te estás metiendo, maricón —le dijo—. No sabes para quién estoy trabajando». ‘Michael’ —según cuenta— había comenzado a “camellar” para los Choneros, “que estaban en auge”, a vender su droga. Que había conocido a uno al que llamaban ‘Peterete’. Por la esquina de esa calle alejada entró un Jeep amarillo que él había visto parqueado fuera de su casa. De ahí se bajaron otros cuatro policías encubiertos: “A meter patazos, cachazos con las pistolas”. Lo esposaron, lo subieron al auto y arrancaron. Mientras lo llevaban detenido pasaron muchas cosas por su cabeza: su mamá, su hijo, todo lo que había vivido hasta ahí. Tenía 26 años, era 2020 y esto recién estaba empezando.

—Yo tengo mucho ‘mamitis’ —me dice ‘Michael’, con una sonrisa leve, casi pícaro, algo avergonzada—. Es que toda la vida ha estado mi mamá ahí.

Estamos en un cuarto oscuro, oculto en ese momento detrás de unas cortinas gruesas. Él lleva pantalón jean, camiseta, una mochila negra, sus brazos llenos de tatuajes y unos lentes rojos, gruesos que en la penumbra en la que hablamos llaman mucho la atención. Entonces, me dice que de su niñez tiene lagunas mentales. Que nació en Quito, en julio del 94, que tiene —ya— 30 años y que su niñez sucedió en un hogar poco unido.

—Eso fue un poco la tendencia para no haberme apegado mucho a mi familia, tal vez para buscar apego a otras personas.

—¿No te recuerdas cercano a tu familia?

—Sólo a mi mamá.

Pero también recuerda el fútbol. Cuando jugaba se olvidaba de todo, que su vida era sólo el balón, la cancha, y nada más.

—En la escuela fui el mejor jugador, fui capitán de la selección —dice—. Esos momentos eran tan, tan lindos. Mi sueño era ser futbolista.

Una vez, a los 12 años, lo llamaron a probarse en las divisiones inferiores de El Nacional, en Tumbaco. En ese entonces, su padre no estaba en casa todo el tiempo, sino que acostumbraba a pasar una temporada y luego marcharse de nuevo. Pero, como su madre no lo podía acompañar porque trabajaba, le pidió al padre que lo llevara.

—Estaba ahí, en El Nacional y, cuando ya dimos todas las pruebas, un director técnico argentino, me aceptó; pero un ecuatoriano, que tomaba la decisión final, no me aceptó. Y eso me dolió, me pegó bastante, porque me dijo que yo no servía para el fútbol. Yo necesitaba un apoyo, palabras que me alzaran la moral; pero no, mi papá sólo me dijo: “ya, pues; perdiste”.

Esa fue la primera vez que sintió un rechazo y para describirlo, mirando directamente hacia la mesa que está frente a nosotros, usa un lugar común: “Sentí que me cortaron las alas”; y como vio que ni su papá lo apoyó, nunca lo volvió a intentar. “Ahí se quedó”. Y esa fue también la primera decepción que sintió de su papá.

Un año después, cuando llegó el momento del colegio, su familia tuvo que hablar para que le dieran a él el cupo de su hermano, que se acababa de graduar. Empezaría a estudiar en la noche y entraría, por dar gusto a su familia, a la misma especialidad de su

hermano: Electrónica, pese a que lo que él quería estudiar era Mecánica Automotriz. Perdió el primer curso.

—Y en la nocturna se ven muchas cosas —dice—. Había abuso. A mí me pegaban. Todos los de la nocturna eran mayores, personas adultas, que trabajaban. Yo, recién salidito de la escuela, me amenazaban: que les diera haciendo sus deberes, que hiciera otras cosas. Había personas que se burlaban de mí, el ‘bullying’ que dicen ahora. Yo no quería ir al colegio. Conocí unas máquinas, unos cosmos, y yo me iba allá, como a unas tres cuadras del colegio. Y una vez me ha seguido mi papá y me sacó de un patazo de ahí. Me dijo: “No tiene que estar ahí, ya vaya para el colegio”.

Su hermano, preocupado y pendiente de que él continuara su educación habló en el colegio y logró convencerlos de que le recibieran nuevamente en primer curso. Pero cuando volvió, de ese niño inocente que soñaba con ser futbolista ya quedaba muy poco. Cuando lo cuenta, aprieta con fuerza la mochila que tiene entre sus brazos, como aferrándose a ella para poder continuar.

—Ya no había nada del niño que tenía esa emoción, nada de eso. Sentí esa presión, ese abuso por parte de esas personas. Entonces, involuntariamente fui cambiando: ya no me dejaba ver la cara, ni que me pegaran, ni que me comenzaran a molestar. Me retaban para pelear y yo me iba para atrás, para pelear. Como era nocturna, nos íbamos para atrás. Me gustó eso de pelear, porque no me dejaba golpear, era bueno; y comencé a jalar gente —me dice—. No sé por qué tenía eso de jalar gente, me seguían bastante. Había grupitos atrás mío, me iba a un lado y me seguían. Me dejé llevar bastante de eso de que podía jalar gente. Llegaban los viernes y eran unas peleas locas en ese colegio. Y así pasamos.

Para ir desde su colegio —que quedaba en la zona comercial y financiera de Quito— hasta su casa —que quedaba en el extremo norte de la ciudad—, tenía que salir corriendo apenas se acababan sus clases, a las 10:10 de la noche, para llegar máximo a las 10:20 hacia la estación, porque el último bus partía hacia las 10:25. Y, si no alcanzaba a ese último carro, le tocaba pagar una furgoneta que era más cara.

—Voy a ser sincero —me dice—. En ese tiempo no recuerdo cómo pasaba en casa. En la mañana no había nadie porque mi mamá se iba temprano a trabajar. Recuerdo que me sabía poner a hacer los deberes y de ahí salía de nuevo en la tarde. Yo ya me volví como independiente. Me tenía que cocinar, preparar cualquier cosa. Ahí cogí el gusto por la cocina. Porque yo soy bien comelón, eso sí.

—¿Qué fue lo primero que aprendiste a cocinar?

—Comida agridulce. Y eso fue por un error, porque puse sal y después un poquito de azúcar, pero fue muy rico. Me comenzó a gustar la comida, pero también estar con grupitos.

—Yo conocí la calle en Carapungo —me dice ‘Michael’.

Tenía 14, 15 años y para ese entonces ya había pasado segundo curso y perdido dos veces tercero. El último bus que iba desde Carapungo hacia su casa salía a las 11:00 de la noche y a veces no alcanzaba. En esas veces —recuerda— ya no estaba ni la señora que solía vender chicles todas las noches en la parada. “No había un alma” y le tocaba caminar una hora, en la oscuridad, el silencio y con un miedo que aun después de todos estos años se puede distinguir en sus ojos. Al caminar, rezaba para que no le pasara nada. Pero poco a poco le fue tomando gusto al asunto. Todavía le asustaba, pero le gustaba esa sensación de ir caminando sin que nadie le dijera nada, esa casi libertad de saber que, a esa edad, gracias a que perdía el bus, podía hacer lo que le diera la gana.

—Y ahí me hice pana de unos manes que eran pandilleros de Carapungo, que me sabían ver por mi casa. Ellos me habían conocido en una escuela de fútbol, pero eran mayores, cinco o seis años mayores que yo. Y comenzamos a conversar.

Todo empezó un día en que uno de los pandilleros, “un negro altísimo al que llamaban ‘Bus 3’”, se le acercó en una de esas noches en las que perdió el bus y le ofreció compañía:

—Me dijo “vamos, te acolito, para que no te pase nada”. Dicho y hecho, me acolitó y no me pasó nada. De hecho, se acercaron manes, pero para saludarle a esa persona. Ha sido el más conocido de Carapungo.

Desde entonces, aunque llegara temprano y tuviera la opción del bus, prefirió subir todas las noches caminando junto a ‘Bus 3’. A partir de aquí, ‘Michael’ recurrirá muchas veces a términos ‘suaves’ para evitar decir pandillas, o pandilleros. Dirá, por ejemplo, “la gente de la calle”. Y evitará siempre hablar de los delitos que cometían. Dirá que él escuchaba muchas cosas: que ‘Bus 3’ robaba, mataba, pero que también veía cómo muchos le respetaban. Y él admiraba el respeto que le tenían y también quería ese respeto para él.

—Comencé a pasar más en la calle, a andar con gente, que eran mis panas. Mi entrada al colegio era a las siete de la noche. Y de mi casa salía a las cinco. Y me quedaba

en San José de Morán o en Carapungo, hasta las seis y media. Me decían: “Qué más, peladito” y ya me quedaba ahí parchando.

‘Parchar’ significa caminar con ellos, pasar con ellos; en la práctica, quiere decir que se iba convirtiendo en uno de ellos:

—Una vez me dijeron: “vamos acá al parque, que vamos a tener una reunión”. Yo les respondí que tenía colegio y me dijeron: “Vamos, maricón, no pasa nada”. Y me fui con ellos. Sí... —dice, sin que nadie se lo haya preguntado— esa fue una mala decisión. Ahí los conocí a los Wu Tang Clan. Esa era la pandilla más fuerte en Carapungo.

Entonces, empieza a contar —con la mirada perdida como si reviviera en su cabeza la imagen— cómo ellos se iban distribuyendo las zonas para robar: “Eran como ladrones de la noche. Y yo ya estaba andando con ellos”.

Fue por esa época en la que por primera vez lo detuvieron. En uno de los tantos robos que los Wu Tang Clan cometían, el “populacho” —así dice él: el populacho— los persiguió y unas cuadras más abajo lo atraparon. Por ese robo tuvo que pagar una pena de casi un año en un reclusorio de menores que se llamaba Virgilio Guerrero y que en ese entonces estaba regentado por unos religiosos.

—Lo que me gustó de ahí es que los frailes me escuchaban. Me preguntaban “¿qué te hizo venir para acá?”; pero en buen plan, como de conversación. Eso me hizo sentir bien. Pero ahí adentro, en el Virgilio, ya conocí personas que eran Latin Kings y Ñetas. Y recién comencé a entender cómo eran las cosas al estar adentro, la hermandad, todo eso.

Cuando salió —15,16 años— fue a reclamar a los Wu Tang Clan por qué nunca le habían ido a visitar mientras estaba preso. Le respondieron que el hecho de que anduviera con ellos, de que ‘parcharan’, no quería decir que fuera uno de ellos. Ya había probado la cocaína (“Yo escuchaba que decían que había que meterse por la nariz. Y recuerdo ese olor, clarito”). ‘Las personas de la calle’ le exigieron que decidiera si quería ser uno de ellos.

—Yo quería andar con las personas de la calle. Caminar con ellos porque les tenían respeto, les tenían miedo. Y yo pensaba que a mí también me iban a tener respeto y miedo. Comencé a andar más con ellos. Pero al poco tiempo comencé a estar más en mi barrio, yo ya tenía gente en mi barrio, unos peladitos. Yo comencé con cuatro peladitos de mi edad y comenzamos a hacernos un grupo.

‘Michael’ decidió hacer su propia pandilla, y le puso un nombre: Unión Latina.

Mientras habla, hace pausas para beber de una botella de agua. No luce acelerado ni ansioso, tampoco es inexpresivo. Cuenta esta historia despacio, con la voz firme, con sus recuerdos claros, aunque a veces duda en los tiempos. Piensa un momento: “esto fue primero, esto fue después”. Siente un orgullo que no sabe explicar por el hecho de que haya gente que le haya seguido, lo repite mucho: “Yo jalaba mucha gente” y hay un claro tono de jactancia en esas palabras. Así me dijo que en el colegio comenzaron a asistir a sus peleas porque vieron que peleaba bien, así dijo cuando me contó que los pandilleros reconocieron que era capaz de convocar personas y que eso les interesaba; y me lo dice así, ahora que me cuenta cómo iba creciendo su pandilla.

—Me metí mucho en ese mundo de tener gente, de que haya gente atrás mío. Yo llegué a tener unos 70 pelados atrás mío. Yo era líder con otro negrito que se llamaba ‘Gary’ y una mujer. Ya no bajaba a Carapungo y los Wu Tang Clan comenzaron a hacerme a un lado. Pero yo ya tuve mi grupo —dice gente, dice grupo, nunca dice pandilla—. Había un man que vino de Guayaquil y que tenía una labia impresionante y me convenció de que hiciera mi grupo más grande. Y comencé a meter más gente. Entonces subieron a vernos.

Cuando dice “subieron a vernos” no se refiere a los Wu Tang Clan, sino a los Latin Kings. En sus ojos se vuelve a ver el miedo, hace pausas más grandes, marcadas; vuelve a mirar hacia la mesa, fijamente. Había cometido un ‘pecado’. Ninguna pandilla tenía permitido usar en su nombre la palabra latin, latina, latino o nada que se le parezca, si no querían tener problemas con los Latin Kings.

—Llegaron y nos dijeron que, o nos hacíamos a ellos o nos pegaban a toditos. Éramos muchachos. Les dije que yo me hacía Latin King, pero que a los otros muchachos no les hicieran nada. Lo hice para dejarles libres a ellos —dice, otra vez, sin que nadie se lo preguntara—, pero también porque yo quería más poder. Tenía una mentalidad bien loquita. Quería tener más poder, más gente, que me respeten más. Ellos me dijeron que bueno, que ellos sabían que yo jalaba a la gente —lo repite, de nuevo, cada vez que puede—. Dicho y hecho. Yo me hice y me siguió una sola persona. Nos hicimos Latin Kings. Pero a la semana estaba totalmente arrepentido. Ni bien entramos, fueron golpes, palizas, nos dieron unos tickets para venderlos, teníamos que entregar el dinero. Fue una extorsión increíble.

—¿Uno tickets de qué?

—Para bailes. Entradas. Teníamos que vender a cinco dólares y darles todo. Nos daban 12 y teníamos que vender todo; y, si no les dábamos la plata, venía la paliza. Ahí sí, para qué voy a decir, a la semana yo me arrepentí, no quería saber nada. Nos llevaban cada semana a reuniones en el sur. La persona que dirigía toda esta planificación de los Latin Kings era un man al que le decían ‘Sosa’, un boxeador. Y, si no llegábamos, era paliza. Yo cogí un miedo a eso. “Tengo que ir, pero por miedo, porque me van a pegar” —otra vez sus ojos al recordar—. Yo ya estaba cansado, la verdad.

Lo que siguió, según su relato, podría resumirse así: él y otros cuatro pandilleros comenzaron a pensar un plan para salirse de los Latin Kings. Él no le dijo nada a su madre, pero el resto de chicos sí, incluso aquellos cuyos papás eran militares. Hubo una reunión en Calderón, en la que los militares hablaron con los líderes pandilleros y acordaron que dejaran libres a todos esos muchachos. Así fue, para los otros cuatro. ‘Michael’ me dice que a él no querían dejarlo ir:

—A mí no me querían dejar porque ellos querían más gente. Me acuerdo clarito que, cuando se enteraron de que yo me quería salir, fueron al colegio en una Ford y con unas pistolas. Yo desde el colegio ya veía pistolas. No salí, tuvo que venir mi hermana.

Y tomó la decisión de irse a vivir a otro lado, huyendo de ellos. “Me desaparecí”, dice, hasta que la estructura de los Latin Kings en Carapungo se desarmó. Entonces, volvió y nunca más supo nada de ellos. Pero luego vino la época de los Ñetas.

Afuera hace un sol omnipotente, se nota por el calor que hace en este lugar en el que hablamos, pese a la oscuridad y las cortinas cerradas. ‘Michael’ dice que cuando los Ñetas llegaron a su barrio no quería pertenecer a la pandilla, pero que comenzó a andar con ellos porque quería sentirse protegido. “Yo sólo quería caminar, pero ellos ya me declararon Ñeta —dice—. Yo sólo quería que me vieran con ellos para que no me hicieran nada. Porque les tienen un terror a estos Ñetas”.

Tenía 16, 17 años y en esa época conoció la marihuana.

—Cuando me hice Ñeta me hicieron conocer los bailes —dice—. Las chicas ya llegaban, había respeto, ahí sí comencé a tomar, conocí a la mamá de mi hijo y ella me hizo fumar marihuana.

Pero la época de los Ñetas no fue muy larga.

—Me separé porque ya no quería hacer nada y comencé a caminar solo, con una que otra gente. Carapungo se relajó un poco, pero ya la gente me conocía: decían que yo estaba caminando desde pelado, que no me hicieran nada. Sentía el respeto en sí y ya no necesitaba estar en otro grupo.

Además, hubo un detalle importante: su hijo. Cuando su novia se embarazó, él estaba —al fin— graduándose del colegio y consiguió un empleo como coordinador de una compañía turística en el aeropuerto de Quito. Un trabajo que le gustaba porque a diferencia de cuando estaba en la calle, ahí le exigían una «buena presentación», le permitía interactuar con “otra gente, con capitanes, con azafatas”. Pero lo abandonó porque sentía que no le dejaba tiempo para mucho más. Ni siquiera para su hijo. Recuerda “clarito” que una Navidad no pudo pasar con su familia porque le hicieron doblar su turno; y cuando quisieron hacer lo mismo para Fin de Año, nunca más volvió.

—Hubo un golpe que me llevó otra vez a la calle: los papás de la mamá de mi hijo dijeron que no me querían ver. Que yo he sido un pecado para ella, porque pensaron que yo le influí para que fumara marihuana. Ella, al rato que nació mi hijo me cogió odio, no me quería ni ver; y más cuando se enteró de que me salí del trabajo. Sí le cogí un fastidio a la sociedad, qué iras, qué impotencia. Pasé un buen tiempo sin hacer nada. Y ella se metió con un policía. Y eso me pegó tanto que ya comencé a coger la calle nuevamente. Comencé a andar de nuevo en la calle por ese dolor que tenía. Me tomó como año y medio acostumbrarme y decir: “Bueno, ya, está con otra persona”. Estaba en un trabajo, no me duraba, entraba a otro trabajo, no me duraba. Y estaba cada vez más en la calle. Hasta que comenzó la pandemia. Ahí fue el punto más fuerte.

El último trabajo que perdió fue el de parrillero en una cadena de pollos asados.

—Una tarde en que ya no teníamos nada que comer; de verdad no teníamos nada que comer en mi casa, salí a caminar. Me encontré con un panita, un mancito al que conocí hace tiempo, que sabía andar en pandillas. Comenzamos a conversar. “Maricón, no tengo ni para un pan”, le dije. “Yo tengo la solución, —siguió vendamos—. Yo, sin pensarlo, le dije “de una”. Me dio un cuarto de libra de marihuana y tuve que aprender las cantidades, cómo son, cuánto se pone.

—¿Cómo se mide?

—El man me llevó a su departamento y me dijo: “Mira, tengo todo esto de marihuana”. Una libra, era como un cuadernito que se abría así (hace el ademán con las manos, como si abriera un libro). Olía superbién. Me dijo: “Vamos a empaquetar y te llevas tanto, me devuelves tanto y te quedas con tanto”. Empaquetamos 7 gramos con un

cuerito y en unas funditas. Salieron como 140 fundas. De las 140, me llevé como 60, más o menos. Y de esas 60 tenía que pagarle sólo 50 dólares.

—¿Cada bolsita de esas en cuánto vendías?

—En cinco dólares. Cuando vendía todo, cobraba 300 dólares, le pagaba a él 50 y me ganaba 240 dólares por esos paquetes.

Cuando aprendió lo suficiente sobre el ‘negocio’, ya no necesitó de aquel ‘panita’ que se lo había mostrado y comenzó a buscar sus propios proveedores, a vender su propia droga. Dio con ‘Peterete’ y empezó a vender la droga de los Choneros. En la pandemia, cuando se podía salir sólo hasta la medianoche y la gente estaba guardada la mayoría del tiempo, era su mejor momento:

—Vendía, vendía y estaba bien. Cogí bastante la plaza. Después también vendía en las discotecas, con un colombiano. Ahí comencé a vender ‘perico’. Antes de que me cojan preso, yo estuve en el auge, me quedaba sorprendido. Qué cantidad de plata que se saca ahí. Ese colombiano era bien labioso y en una ocasión llegamos a facturar 300 dólares en dos días para cada uno.

(Dice facturar, aunque claramente no había ninguna factura. Lo dice como un decir, por costumbre).

—Yo no veía ni más allá, ni más acá, sólo vivía el momento, me olvidé de mi hijo, de mi familia. Sólo vi la cantidad de plata que estaba haciendo.

Y entonces, llegó esa llamada.

Su conocido le llamó y primero le pidió un cuarto de libra; luego, media libra. Cuando le llamó la tercera vez, para decirle que sus amigos estaban dispuestos a pagar lo que fuera, pero que necesitaba una libra entera, dudó. Por eso, le repitió el precio: “¿Estás seguro? La libra entera cuesta 220 dólares”. Siguieron la ‘gramera’, la calle algo alejada, la pistola en la cabeza, los policías encubiertos bajándose del Jeep. “¡Quieto, conche tu madre!, ¡Antinarcóticos!”. “Tú no sabes con quién te estás metiendo, maricón. Tú no sabes para quién estoy trabajando”. Las esposas, su detención, los recuerdos de su madre y de su hijo. En el juicio se declararía culpable y —por recomendación de sus abogados— se acogería al procedimiento abreviado. Sería condenado a un año de prisión por tráfico de drogas. Tras su detención, pasó sus primeros cuatro días en la Fiscalía, donde le hicieron exámenes médicos y le juntaron con otros 11 presos que esperaban. Después de eso, los llevaron a la cárcel de Latacunga.

A partir de aquí la historia escala. Y es un símbolo. La violencia más extrema: “En este país ya no hay pandillas sino mafias”. Según los registros del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, entre 2018 y 2022, 450 presos fueron asesinados en matanzas carcelarias, merced a las disputas entre las bandas criminales — la cifra actual ya supera los 600 asesinados—. ‘Michael’ cumplió su condena entre 2020 y 2021; es un sobreviviente. ¿Qué pasaba en esas matanzas tras los barrotes?, ¿cómo era ver morir a tanta gente, el ‘sálvese quien pueda’? El miedo, de nuevo, y el terror en los ojos de ‘Michael’ al recordar. Me sorprende la cantidad de detalles que ofrece, lo verosímil que me parece su relato, el estupor con el que aún lo cuenta. Surgen tantas más preguntas mientras él va hablando, pero, sobre todo una: ¿cómo es que sigue vivo?

Cuando llegaron a la cárcel de Latacunga, los 12 que habían juntado en la Fiscalía fueron colocados en un calabozo —casi una mazmorra— en el que dejaban a los presos recién ingresados en una cuarentena para que no hubiera riesgo de contagios de covid para el resto de la población carcelaria. Lo primero que pensó cuando llegó fue “¿a dónde me vienen a meter?”. Escuchó que alguien les gritaba: “carne fresca, ya van a ver”. “Yo no sabía qué hacer»” me dice. Les metieron a los 12 a una celda con cinco camas, casi sin acceso a agua, los olores más repugnantes y sin la más remota posibilidad de bañarse. Así pasaron 40 días.

—Eso fue feísimo —dice ‘Michael’, la desesperanza en el tono de voz—. Qué manera de encierro. 12 personas en un cuarto enano. El guía nos dijo: “Muchachos, esta es su celda, verán cómo ustedes se arreglan”. Nuestro primer colchón fue una tira de cartón y nuestra cobija fue una funda de basura industrial. Se escuchaban las ratas y yo tengo miedo ¡Las ratas! Estaba infestado, el olor putrefacto del baño. Porque el baño no valía, estaba con las heces ahí, con la orina, con el sarro, con todo. Era asqueroso. Toda la noche aguantando ese olor. Nos poníamos a conversar, tratar de que nuestra mente no esté ahí. Mi plato era uno de esos de cartón en los que venden salchipapas y ese plato me tocó cuidar como si fuera lo más valioso. Mi vaso era una de esas botellas así, cortada (señala una botella plástica de té que está sobre la mesa). Ahí supe cómo eran las cosas en la prisión.

‘Michael’ tiene imágenes intactas. Por ejemplo, la imagen de los ‘polillitas’. En la cárcel de Latacunga sólo hay agua por una hora en la mañana. Y durante esa hora, todos los presos tenían que pelearse —literalmente pelearse— por un poco de agua. Apenas se abrían las puertas, todos salían corriendo de sus celdas para ganar un grifo y poder llenar

alguna botella, alguna poma. Los ‘polillitas’ eran aquellos presos con adicción a las drogas, a quienes los ‘comandantes’ pagaban con uno o dos gramos, a cambio de que les dieran recogiendo su agua por toda la semana.

O la imagen de aquel ‘gran invento’ que logró hacer un poquito más llevadero el calabozo y le mostró lo que él llama «la imaginación del preso»: ellos crearon una bomba que logró expulsar la orina y las heces por el inodoro y así evitar que se acumularan. ¿Cómo era esa bomba? De los colchones que entraban, sacaban un pedazo, un cuadrado, y le forraban con fundas de basura y un costal. Le hacían un hueco en la parte de abajo y le sellaban con funda. Y aplastaban con fuerza desde arriba y esa presión hacía que se fuera todo por la cañería. Luego comenzaron a vender el gran invento en 35 dólares. “Había que hacer un depósito y todo”. Ahí se dio cuenta de que “el preso, cuando no tiene nada puede hacer de todo”. Hay de nuevo una leve sonrisa en su rostro. Sonrisa que se vuelve intermitente cuando me cuenta lo que sigue:

—Después de los 40 días ya les suplicamos que nos sacaran. Queríamos bañarnos, tomar algo de agua. Qué bonito fue ese día en que nos bañamos, aunque había nueve duchas para más de 700 presos. Igual cogimos el sol y ya nos pusieron en otra celda (...). Los pisos de los comandantes eran los terceros y ellos tenían luz, tenían televisiones, todo lo que querían. Entonces, yo quería estar por lo menos en una celda con luz. Ellos ya sabían algo de mí. Me preguntaron si había entrado por drogas, les dije que sí. Me preguntaron con quién trabajaba. Y me dijeron que tuviera cuidado, que ahora los Choneros ya no eran los que estaban mandando ahí, sino Los Lobos. En ese ratito yo pensé: “Tengo que callarme porque estoy en prisión; si digo con quién estoy trabajando me van a matar. Se van a meter en el cerebro que yo soy un espía”. Ese man me dijo: “No hables, pelado. Quédate callado”.

Como tenía el cabello pintado cuando lo detuvieron, comenzaron a decirle ‘Saiyajín’, por la serie de dibujos animados Dragon Ball Z.

—La primera pelea que yo tuve fue con un negro, al que le decían ‘Cirilo’. Así desnudos —continúa ‘Michael’—. Este negro se me para atrás y me dice: “Pelado, ábrete, que esta es mi ducha”. Y yo parado: que no, que yo llegué primero. “Ábrete”. “Que no”. “Ábrete ahorita o te meto la mano”. Y ese negro iba a estallarme la mano. Y ahí fue cuando yo les conocí de nuevo a los Ñetas, porque uno de ellos, uno que le dicen ‘Chachito’, le coge de la mano al negro. (Hace sonar las manos con fuerza como para recrear la escena en que se salvó). “Con el pelado quédate quieto”, le dijo.

Es un momento tenso en su relato. De vez en cuando mueve los brazos aceleradamente, deja su mirada fija como intentando recordarlo todo. La habitación permanece oscura, bañada por el calor, y en el exterior se alcanza a escuchar levemente el sonido de los autos, de los buses, alguna ambulancia que pasa por ahí. La ciudad sucede mientras ‘Michael’ comienza a revivir los momentos más álgidos de su encierro. Me dice que ese Ñeta al que llamaban ‘Chachito’ se le acercó después y le preguntó si estaba “caminando con alguien”; que cuando ‘Michael’ le dijo que no, le invitó a que caminara con ellos. ‘Michael’ aceptó.

—Ahí viví con asesinos, psicópatas, personas que se metían pastillas para poder controlar su locura. Pero, en medio de eso, había personas que sí creaban conciencia, que defendían al débil. Yo, después de caminar, le pregunté: “¿Por qué me defendiste?”. Y me dijo que era porque no me corrí e iba a aguantar el manazo. Entonces, yo comencé a parchar con ellos y ellos me dijeron que tenían una celda de los Ñetas y me llevaron para allá. Bien esa celda, para qué. Tenía luz, cocinita de niquelina, un baño respetable, limpio. Eran muy ordenados. Me dijeron que tenía que cumplir las reglas. ¿Y cuáles eran las reglas? Ser aseado, levantarte, no estar todo el día metido en la cama como que me apestara la vida, moverse, hacer ejercicio. O sea, él era malo, cometió sus errores, era asesino, él mató, pero debe haber tenido sus circunstancias.

Si hay un momento en que empezó la guerra entre las bandas —dice ‘Michael’— fue el 28 de diciembre de 2020, cuando asesinaron en un centro comercial de Manta a Jorge Luis Zambrano ‘JL’, alias ‘Rasquiña’, quien entonces era líder de los Choneros y ya trabajaba bajo la estructura del Cartel de Sinaloa. Con la caída de ‘Rasquiña’, asumieron el liderazgo de los Choneros Junior Roldán, alias ‘JR’ y Adolfo Macías Villamar, alias ‘Fito’, ambos bajo la estructura del Cartel Jalisco Nueva Generación y, a partir de ahí se crean los Lobos —y posteriormente otra facción que se conocerá como las Águilas—.

—Luego ‘Ben10’ les traiciona y comienza a haber más rivalidades —dice ‘Michael’—. Es ahí que los Ñetas, Latin Kings, Vatos Locos se desintegran y pasan a formar parte de las mafias. Y es ahí donde nos confundimos porque no sabíamos dónde estábamos. Ya cuando hubo la pelea de Lobos y Choneros, la mafia explotó, la estructura de las pandillas se abrió y cada quien por su lado, viendo el mejor postor. Ahí es que comienza a haber las matanzas. Que si no te haces Ñeta-Lobo, que si no te haces Latin King-Lobo, te matan; que si no te haces Chone Killer, Chone-Águila, te matan. La primera matanza fue entre mediana y mínima seguridad. Se metieron los de mediana a

mínima a matar. Después ya mediana y mínima eran de los Lobos y sólo quedaba máxima, que aún era de Choneros. El momento en que ya quisieron entrar a la máxima, ahí hubo la balacera más fuerte, cuando comenzaron a cortar las cabezas, a abrirles, a cogerles a los guías.

‘Michael’ dice que él seguía «andando» con los Ñetas, que se tomaron un pabellón para ellos y lo construyeron como una especie de refugio. Muchos presos le decían que se pusiera ‘pilas’, porque querían que se hicieran de los Lobos o de los Choneros. “No saben qué mismo hacer con nuestras cabezas. Si somos líderes y no nos hacemos, las mafias nos están volando”, le dijeron. Allá adentro, el negocio sucio estaba campante. Un pabellón podía llegar a “facturar” 4.000 dólares diarios, dice ‘Michael’ (vuelve a decir facturar). Y desde adentro se ordenaban secuestros y extorsiones, que se volvieron tan comunes en el país.

—En esa primera matanza que me quedé en shock —cuenta—. A un man le mataron en mis pies. Hubo un video que circulaba por internet, incluso salgo yo. El man estaba subiendo, yo estaba bajando y al man le apuñalan. Le comienzan a apuñalar toditos. A eso allá le decían, perdón la palabra, las culeadas. El ambiente se ponía bien tenso, se sentía nomás cuando iba a haber una matanza allá. Yo me quedé quieto, nunca había visto eso. Y otro man sale con una 38, ¡Pag!, le dispara. Hubo un silencio en mí y la gente corría. Y uno de ellos me dice: toma, dale vos también, ¿o vos también eres Chonero? Y ahí me tocó darle también una puñalada, aunque ya estaba en el suelo, porque, si no, hubiese sido yo. Y luego comencé a caminar. Fue como en las películas en las que todo está en desorden y uno sólo comienza a caminar y caminar y a él no le pasa nada. Así me pasó a mí.

—¿Cómo sobreviviste?

—Yo estaba siempre con un ojo abierto y otro cerrado.

—Y al salir, ¿cómo fueron las cosas para ti?

—Yo ya no quería saber nada de esas cosas. Lo que uno pasa ahí adentro es como para ponerse a llorar de la nada.

—¿Y no has vuelto a la calle?

—No, créeme que desde que salí ha habido unas tres ocasiones en que me han buscado. Pero, yo salí con... yo tuve que hacer unas cosas allí. No puedo hablar muy bien, pero yo tuve que hacer ahí adentro algunas cosas para que aquí afuera me dejaran libre. Porque al principio me dijeron que yo salía y tenía que volver a vender droga. La última vez me preguntaron si no quiero estar moviendo gente o estar activo nuevamente.

—¿Y qué les dijiste?

—Que no. Que el comandante Esteban, el hijo de Pipo, me dio ‘la verde’ y que eso se respeta. Que no me estén metiendo en nada.

—¿Volverías a eso?

—No, ya no. Ya no quiero saber nada de eso. Ya tengo 30, y 20 años he vivido metido en la calle, con pandillas. De ahí no sacas nada de bueno. Yo salí de prisión desmoronado.

En una ocasión, su madre le preguntó, preocupada, por qué dormía con un cuchillo en el bolsillo del pantalón. Pensaba que quería hacerse daño. ‘Michael’ le explicó que esa era la única forma en que se sentía seguro. Que en prisión tuvo que acostumbrarse a que la única forma de no morir era dormir siempre con una «lámina» en el bolsillo. Una lámina es un cuchillo.

Otro día, ‘Michael’ caminaba por el centro de Quito y, de repente, se sintió mareado, no lograba recordar a qué había ido. Unos chicos lo vieron y se acercaron a preguntarle si estaba bien:

—Cuando se me acercaron los chicos me asusté, porque adentro, en la cárcel, cuando se te acercaban personas desconocidas es sólo para hacerte daño. Para apuñalarte. Los chicos me preguntaron si estaba bien y yo les grité: “¡Lárguense! ¿qué me quieren hacer?, ¿me quieren matar?”. Al ver la cara de ellos me di cuenta de que necesitaba ayuda.

Cuando dice esta última frase, su expresión es la de alguien que se sorprende y se aterra de sí mismo, al recordar lo que le pasó. En su mirada, en sus expresiones tristes y acongojadas, queda algo del niño que soñaba con jugar fútbol, del adolescente que quería estudiar mecánica automotriz, de aquel que conoció la calle y las pandillas la noche en que alguien le ofreció compañía y nunca más tuvo que subir a su casa solo, de aquel que cayó preso en una correccional de menores por un robo al que asistió con sus amigos pandilleros, de aquel que jalaba gente y tuvo su propia pandilla, y se sorprendió de la cantidad de dinero que se ganaba al vender droga, pero que terminó en prisión y salió «desmoronado».

Después del episodio del centro de Quito fue al psicólogo. Estrés postraumático: “estaba en una reunión y tenía que salir corriendo porque pensaba que me estaban siguiendo”, “escuchaba a un policía y quería salir corriendo, les tenía miedo a los

policías”, “allá en la cárcel las sirenas sonaban. Llegaba la noche y sonaban las sirenas, no dejaban dormir. Nos traumaron allá”.

Ahora, busca trabajo. Las veces en que deja su hoja de vida y nadie lo llama a ofrecerle un empleo, vuelve todo el dolor: “Me sentía lo peor de la sociedad”. Pero él sigue.

—¿En qué estás buscando trabajo?

—Ahorita en lo que me salga, de verdad. Más estoy enfocado en mi mamá y en mi hijo, ahorita. No fui un buen padre, me desapegué mucho de él, y yo me di cuenta de que todo lo que no tuve con mi papá, estoy haciendo lo mismo. Estoy pasando más tiempo con mi hijo, veo su sonrisa. No sé, me motiva para buscar todo por lo sano. Está difícil, pero no siento presión, puedo caminar por la calle tranquilamente.

—¿Cómo vas a hacer para que, si llega de nuevo el momento de no tener para comer, no vuelvas a vender droga?

—Yo lo que puedo aportar ahorita, para la sociedad, es contar mi historia, contarles a las personas lo que viví y decirles que: puedes obtener dinero, sí. Pero, ese dinero, ¿de qué me sirvió? No ahorré, no hice nada. Entre más dinero me llegaba, me llegaban tres personas con mentalidades peores. Cuando entras a este mundo y te acostumbras a coger plata, sí te enganchas, como una adicción. Plata fácil, no tienes que hacer mucho esfuerzo. Pero todo eso no valió ni un instante el tiempo que pasé en esa prisión.

Capítulo quinto

‘Ma’

—¿Te dicen ‘Ma’?

—¡Ma! Yo soy la mamá de mis guaguas, de toditos.

—¿Con cuántos chicos estás en contacto ahorita?

—Con todos los guaguas que pasaron por el programa, unos 40.

En el celular de Verónica Pólit se leen varias conversaciones en las que los chicos con los que habla le dicen ‘Ma’, Madre o Madrecita; ella suele responder en diminutivo: mijito. “Ya, Ma, ya estoy aquí”. “Ya, mi rey”.

—O sea, tienes un montón de hijos.

—A mí siempre me dicen que no tengo hijos biológicos, pero que tengo unos 800 hijos en este mundo.

Verónica Pólit trabaja desde hace 12 años con adolescentes que han cometido delitos. Durante cuatro —entre 2019 y 2023— lideró el programa ‘Reinserción’, de la Fundación Tierra de Hombres, que ya dejó de existir en Ecuador. En ese tiempo, conoció a unos 40 chicos, a quienes acompañó en sus procesos de rehabilitación. En los papeles, a través de ese programa les brindaban acompañamiento, asesoría legal y psicológica; para ella, el asunto fue mucho más allá. Cuando se convirtió en su Ma, nada volvió a ser lo mismo para ella: hasta hoy está pendiente de sus cumpleaños, de sus hijos, de sus madres y sus padres, de si tienen o no tienen trabajo. Y cuando se encuentra con ellos siempre les da un abrazo largo, sostenido. “Mijito”.

—Yo soy migrante retornada —dice—. Tuve que migrar en el 2001, con mi familia, por la situación económica que se vivía. Tuvimos la suerte de migrar de manera regular porque mi papi encontró un trabajo. Viví más o menos 10 años afuera, en Estados Unidos, y mi ilusión siempre fue regresar para darle algo a este país.

Estudió Ciencias Políticas, hizo una maestría, trabajó durante un tiempo en relaciones internacionales y, cuando volvió, a sus 23 años, llegó a trabajar en el Consejo de la Judicatura. Ahí conoció el sistema de justicia juvenil. El primer centro de adolescentes infractores que conoció fue el de Guayaquil, que en ese momento tenía unos 200 detenidos. Lo recuerda como un sitio tipo cárcel —como se supone que no deben ser

estos lugares— y que estaba controlado por el Grupo de Intervención y Rescate (GIR) de la Policía.

—Los guaguas estaban golpeados —dice—. Y desde ahí me enamoré del sistema. También he trabajado temas de incidencia, de propuestas de políticas públicas. Pero mi parte favorita, te puedo decir, es el trabajo con los guaguas. Las visitas a los centros es la parte más enriquecedora de todo: llevo 12 años trabajando en esto, pero no hay día en que no aprenda con estos guaguas. Aprendes full.

Verónica es alta, fuerte. Su cabello en un tono rojizo, la sonrisa extensa, omnipresente; y unos lentes rojos estilo Gatúbela que enmarcan su rostro. Cuando habla de este tema, de sus guaguas, uno entiende que no está hablando de cualquier cosa, sino de algo que le importa mucho. Emana solvencia, experiencia, maneja cifras, historias. Me dice, por ejemplo, que el 93% de los chicos que participaron del programa lograron completar su reinsertión: sus hijos, con los que habla y de los que habla todo el tiempo.

—Una historia que me marcó mucho —dice— es la de un guagua que conocí hace mucho tiempo, que salió y un mes después estaba muerto (se le quiebra la voz, por primera vez, y tiene que hablar lento y tomar fuerzas para seguir). ¡Superduro! Le mataron hace dos años y a mí hasta ahora me duele. Mucho. No duró más de un mes afuera.

—¿Por qué estuvo detenido?

—Su primera detención fue por robar unas plumas de un carro. Él estuvo 10 años en el sistema. La medida socioeducativa máxima es de 8 años, pero él estuvo en el sistema de adolescentes y en el de adultos, por evadirse del de adolescentes. Luego fue regresado. En la cárcel de Machala le marcaron, no con tatuajes, sino con hierro; el guagua tenía unas alas marcadas, y cuando regresó al centro de adolescentes infractores ya era un joven-adulto que no podía salir. Trató de salir de su contexto, pero lo traicionaron otras personas de su propia banda y le mataron. Le cazaron por todo Machala y le mataron. 10 minutos después de la muerte a mí me mandaban videos de seguridad para que viera cómo le cazaron, para que viera el poder que tienen las mafias. Es duro porque era un guagua que no tenía chance, nunca tuvo chance de salir. Vivió un mes con su mamá, que es lo que él quería, pero lo mataron.

Tuvo que adoptar el rol maternal con los chicos —me explica— porque, si no, muchos varones confundían las cosas y le coqueteaban. “No sabían mantener una relación de manera adecuada con una mujer —me dice—. Y hay que aclarar que la razón por la que yo puedo tener esa relación con los chicos es porque no soy su terapeuta directamente”.

El programa ‘Reinserción’ terminó con alta tasa de efectividad: además del muchacho asesinado en Machala, hubo otro asesinado, uno que se suicidó y uno que fue reincidente en el delito y se encuentra cumpliendo su pena en una cárcel de mayores. Todos los demás lograron salir de las bandas, dejar de delinquir y ahora siguen construyendo sus vidas. Muchos están incluso cerca de cumplir 30 años, pero siguen en contacto con Verónica, que ahora está en proceso —junto a su equipo técnico— de crear una nueva fundación para seguir trabajando por ellos.

—Nuestro objetivo —me dice— no era suplir las obligaciones del Estado, era demostrarle al Estado que es posible. Que debe tener un enfoque y una metodología adecuada. Tiene que haber espacios para que los guaguas puedan reintegrarse a la sociedad, en un formato de vivienda asistida, no de privación de libertad.

Verónica observa con detenimiento los cuadros con las cifras que la Policía y el SNAI me entregaron sobre la participación de menores en delitos y los que están recluidos en los centros de adolescentes infractores. Arquea sus cejas cuando encuentra algo con lo que no está de acuerdo, asiente con su cabeza cuando lo está. Mueve sus manos, habla con firmeza.

—En nuestro caso, tenemos un punto de partida bien importante: la vulnerabilidad de los adolescentes parte del hecho de que son adolescentes. Las características durante la adolescencia te hacen absolutamente vulnerable y susceptible a procesos de captación y reclutamiento: no tienes control de impulsos, le das más importancia a la opinión de los pares que a la de tu familia, los adolescentes están buscando un sentido de pertenencia.

—Y las bandas explotan esa búsqueda del sentido de pertenencia para reclutar.

—Es una de las cosas más importantes, sí.

—Es como hacerles sentir parte de algo, al fin.

—Exactamente. Los chicos se sienten generalmente excluidos de la sociedad, de la comunidad, de la familia, y encuentran ese sentido de pertenencia en las bandas, porque en las bandas se ven vistos, se ven reconocidos. Sus acciones importan para poder avanzar en la estructura. El hecho de que te asignen roles en una banda, por ejemplo, ya te hace una persona importante. Te hace alguien, te da reconocimiento.

—Soy una pieza de un engranaje.

—Sí. Y también hay que tomar en cuenta que no siempre es la misma familia la que promueve. Muchas familias están tratando de proteger a los guaguas, pero no tienen los medios. Muchísimas familias están migrando desde Esmeraldas, particularmente, hacia otras ciudades, para proteger a los guaguas, porque saben que, si llegan a cierta edad, les van a reclutar. Esto lo sabemos también por el trabajo en las casas de acogida. Están llegando las familias desplazadas, no hay ningún mecanismo de protección. Entonces, por más esfuerzos que hagan las familias es muy difícil escaparse.

—Y el Estado tampoco te da protección.

—No, el Estado no tienen ninguna herramienta de protección para estos casos.

Hay preguntas que rondan este tema: ¿cómo son reclutados? ¿de qué artimañas se valen las bandas? ¿cómo llegan a estos niños, a estos adolescentes? ¿cómo les convencen de delinquir? Como siempre, Verónica mantiene la serenidad, toma una bocanada de aire, mira directo a los ojos y empieza:

—Verás, tienes un poquito de todo. Primero, depende de la edad, porque la delincuencia organizada entiende el desarrollo de los niños mucho mejor que lo que entendemos en la sociedad y en el Estado. El reclutamiento de niños y adolescentes es una decisión estratégica de la delincuencia organizada —no de una banda, sino de todas—; muy bien pensada y con una comprensión del desarrollo psicológico de los adolescentes que el Estado no tiene. La captación se da desde un adolescente siendo buscado por un compañero en la escuela para temas de microtráfico —eso se da muchísimo—, y se puede dar incluso dentro de los centros de adolescentes infractores.

—Es decir que lo estudian, no es que van a la primera persona que pasa por ahí.

—¡No! No te van a capturar a un guagua que no tenga contextos de vulnerabilidad. Lo primero que hacen es identificar la vulnerabilidad. Incluso si hay guaguas con estabilidad económica, están buscando algunos que tengan falta de sentido de pertenencia, que sufran violencia intrafamiliar, que se sientan abandonados por parte de su familia. Hay una decisión estratégica, las formas de captación son todas las que te puedas imaginar.

—Debe depender del lugar, también.

—Claro. Por ejemplo, por la forma en que está organizada la delincuencia en Guayaquil, donde hay más de bandas que se disputan, literalmente, metros de territorio,

los procesos de captación primero identifican guaguas que están en situación de calle y les dan trabajitos para, por ejemplo, ser campaneros, y les comienzan a dar droga para consumir. El consumo temprano de sustancias es, primero, una de las cosas más perjudiciales para el desarrollo de un niño. No permite el desarrollo emocional, de capacidades emocionales; no saben manejar la frustración, no saben manejar la ira, no saben identificar sus emociones, porque no aprendieron, porque consumieron desde edades tempranas. Además, un guagua que consume desde muy temprano, probablemente no va a dejar de consumir y va a ser mucho más manipulable. Entonces, lo primero que hacen las bandas es darles droga para que consuman. Y, luego, básicamente les van manejando con el tema del consumo.

—¿Y hay reclutamiento dentro de los centros de adolescentes infractores?

—También. Vemos que la delincuencia organizada recluta ya activamente dentro de los centros de adolescentes infractores. Y es, desde mi punto de vista, una de las cosas más preocupantes, porque esos sitios deberían ser los primeros que estén controlados. Haber incluido al sistema de adolescentes infractores dentro del sistema penitenciario, sin que haya una separación clara a nivel administrativo es un problema.

—Claro, eso no debería manejarlo el SNAI.

—Desde mi punto de vista, no. Meter agentes de seguridad penitenciaria a los centros, además de que muchos de ellos están ahí porque han sido sancionados o investigados por corrupción; el intercambio de equipos técnicos desde las cárceles de mayores a los centros de adolescentes, básicamente va contaminando el sistema.

Sigo haciendo preguntas y ella sigue con la misma elocuencia. Siento que hay demasiada información por procesar, por comprender. De vez en cuando, Verónica me responde haciéndome preguntas. Me pregunta ¿por qué cada vez vemos más niños o adolescentes chiquitos involucrados en temas de sicariato? ¿Por qué están entrenando específicamente a este tipo de personas? Entiende que no atino qué responderle, pero es generosa porque enseguida me ofrece la respuesta:

—Porque aún no comprenden la muerte adecuadamente. Antes, sabías que en una pandilla, para llegar a hacer sicariato, para tener una pistola y comenzar a matar, tenías que alcanzar cierto nivel, estar cercano al jefe. Ahora, la delincuencia organizada se ha dado cuenta de que, mientras más chiquito eres, menos vas a pensar en las consecuencias, menos vas a entender el daño que estás causando. Los guaguas, cognitivamente, pueden comprender el concepto de la muerte, pero no tienen la capacidad de entender que la muerte es definitiva. Es estratégico y hay una explicación supersimple: recién desde los

12, 13, 14 años, los seres humanos comenzamos a dejar atrás el pensamiento mágico y a desarrollar lo que se llama el pensamiento abstracto, conceptos más complejos. Hemos visto, por ejemplo, guaguas que están privados de libertad por varios años por temas de sicariato, pero recién a los 17 o 18 se comienzan a dar cuenta del daño que causaron.

Y entonces, dice una frase que podría resumirlo todo:

—Por eso vemos a niños cada vez más chiquitos siendo entrenados para asesinar. Les hicieron llegar a creerse que ellos pueden ser el próximo Pablo Escobar.

Me cuenta, enseguida, sobre aquella vez en la que conversaba con uno de sus chicos —inicios de 2024— sobre la consulta popular que estaba a punto de votarse en Ecuador. Hablaban sobre la pregunta B, en la que terminó ganando el Sí y abrió la posibilidad de extradición de delincuentes ecuatorianos para que sean juzgados en otros países. “‘Ma’, ¿usted qué opina de la extradición”, le preguntó el muchacho. Ella le respondió que no estaba de acuerdo “porque el Estado tiene la obligación de garantizar ciertas condiciones”. Pero aún ahora se sorprende de lo que el chico le dijo después: “No, a mí sí me parece interesante lo de la extradición. ¿Cuándo se hizo famoso Pablo Escobar? Cuando le extraditaron, pues, ‘Ma’. Ahí se hizo famoso”. “Los guaguas tienen esas ideas —me dice Verónica, con un muy pequeño dejo de resignación—; esos imaginarios están en su cabeza y no tienen otros referentes”.

Varias semanas después de una de nuestras conversaciones, en la Asamblea Nacional inició el debate del Código de Protección a la Niñez y Adolescencia. Un informe de minoría plantea que se amplíen las condenas para adolescentes por delitos como sicariato, homicidio, femicidio y asesinato. Sin embargo, el bloque de Construye llegó a sugerir que los adolescentes mayores de 12 años que comentan delitos contra la vida deberían ser juzgados como adultos. Uno de sus asambleístas, Jorge Peñafiel, ofreció declaraciones ante colegas. Con terno negro, corbata vinotinto y actitud amenazante, dijo, rodeado de cámaras, micrófonos y grabadoras: “Nosotros vamos a mantenernos en que los adolescentes que cometen delitos contra la vida sean juzgados como adultos. Los reclutadores pertenecientes a las bandas criminales, lo único que han hecho con el sistema actual y que se quiere replicar, es utilizarlos para la impunidad. Reclutan, envían a sus adeptos a estos centros de reclusión de menores y simplemente salen en unos pocos años para seguir delinquir. Eso no podemos permitirlo”.

Envío a Verónica un video con esas declaraciones que circula por redes sociales a través de las cuentas de varios medios de comunicación. No digo nada, sólo envío el video.

—No sabes. Es brutal este proceso —responde, junto a tres emoticones de corazones rotos.

Verónica no está de acuerdo con que se juzgue o se condene a adolescentes como a adultos. Aunque la mayoría del tiempo habla con templanza, cuando llega a este tema se le nota un tono más molesto.

—Cuando decimos que hay 400 adolescentes privados de libertad y hay al menos 33.000 adultos, los adolescentes son el 1,2% de la población penitenciaria. Entonces, a pesar de que existe un discurso en medios, por parte de autoridades; la participación de adolescentes en delitos es baja. Vimos recientemente a un jefe policial de Nueva Prosperina decir que hay adolescentes involucrados en el 60% de los delitos y, estadísticamente, no es cierto. Los adolescentes son un porcentaje pequeño de la población penitenciaria. Nosotros, en el imaginario social, hemos creado esta idea de que los adolescentes son el problema principal, cuando la realidad es que la delincuencia organizada ha identificado que los adolescentes son vulnerables.

A mediados de 2024, un video provocó conmoción en redes sociales y fuera de ellas: desde la cámara de seguridad de un bus de transporte público en Guayaquil se ve a un niño que asalta al chofer y, de un momento a otro, dispara. El chofer murió y no faltaron las voces que exigían penas de adulto para ese niño.

—Muchas veces tenemos a la misma Policía pidiendo que haya mayores penas para los adolescentes, por poco que les fusilemos ahí mismo —dice—. Pero el mismo sistema hace, no solamente que haya procesos de captación, sino que se profundicen las identificaciones que tienen los guaguas con delincuencia organizada. ¿Es una medida socioeducativa la que tú cumples dentro del SNAI? ¡No! Y un guagua que entra por un delito de naturaleza sexual, va a salir miembro de una mafia. El Estado no tiene realmente las herramientas para evitar que los adolescentes sean reclutados: en escuelas, en colegios, en la calle, en el barrio, en la comunidad, o en las propias instituciones del Estado.

Cree que es importante que se entienda que no sólo hay reclutamiento, sino también utilización de los menores por parte de la delincuencia organizada, para roles que

también se han diversificado en los últimos años, dependiendo de las nuevas necesidades que tienen las bandas delictivas. Roles que van desde el microtráfico, el sicariato, trabajo doméstico, minería ilegal, hasta explotación sexual. Por eso, cree que es importante que se juzguen también sus casos como trata de personas.

—Es fundamental que haya una mejor definición de lo que es el reclutamiento, la utilización de los chicos y la trata de personas, como figuras distintas. Cuando hablamos de reclutamiento, hay violencias físicas, sexuales, emocionales, psicológicas. Hay todo tipo de violaciones a los derechos de las personas. Entonces, existe trata, pero no se ha logrado judicializar adecuadamente. Dentro de la trata de personas, tú tienes primero una calificación clara de la víctima: la víctima es víctima; y, dentro de nuestro Código Penal, se establece que la víctima no puede ser procesada por los delitos que cometió mientras era víctima. Es decir, si yo soy víctima de trata de personas con fines de explotación sexual y, por eso, robo o, de pasito, tengo que venderle droga a los clientes, no puedo ser juzgado por eso. Puedes dispararle a alguien, puedes hacer un montón de cosas, pero no puedes ser juzgado por las cosas que hiciste mientras eras víctima.

—Sabemos perfectamente cómo entran los guaguas a estos centros —dice Verónica y esta puede ser otra de las cuestiones que lo resumen todo—. Mi pregunta es —agrega— ¿cómo queremos que salgan?

Siempre la sonrisa, la alegría de lo realizado, la pasión del contacto con sus “guaguas”, Verónica dice que su paso por el programa ‘Integración’ fue un “aprendizaje impresionante”:

—La Fundación no está ahorita operativa, pero eso no significa que mis guaguas no hablen conmigo todos los días, que uno no esté pendiente de los chicos, pensando, que uno se entere de que te matan a los chicos que estuvieron en los centros. Esto pasa día a día. Entiendo el dolor que está viviendo nuestra sociedad; y entiendo el dolor que pueden causar los niños, porque los niños pueden causar dolor, pueden causar un daño inmesurable para muchas familias... Y esto hay que reconocer. Yo no digo que los guaguas son unos santos, unos angelitos. ¡No lo son! Son guaguas que tienen, no solamente conductas desviadas, sino conductas delictivas, conductas problemáticas y que hacen muchísimo daño. Estamos conscientes de eso. Pero, de nuevo, mi pregunta es cómo queremos que salgan. ¿Queremos que salgan odiando más a la sociedad? ¿Queriendo

hacer más daño? ¿O queremos que, en algún momento, sientan que tienen la posibilidad de ser productivos, de hacer bien a la sociedad? ¿Queremos que dejen de hacer daño? ¿Queremos que, en algún momento, ellos a sus hijos les críen de una manera distinta?

Me cuenta —feliz— que uno de los chicos que fue parte del programa está a punto de graduarse de la universidad, de la carrera de Trabajo Social; otro, ya graduado de Psicología, ahora es parte de su equipo.

—Tú dijiste que el objetivo del programa era ‘demostrarle al Estado que se puede’. Te devuelvo la pregunta: ¿Se puede?

—Sí se puede. No tengo la menor duda.

—¿Y qué tiene que suceder para que se pueda?

—Para empezar, el Estado tiene que volver a los principios que establece la Constitución y que, además, nos deben definir como sociedad: los niños son prioridad absoluta. Hemos perdido el instinto de proteger a nuestros chiquitos y una sociedad que no protege a sus guaguas, no protege nada más. Tenemos 23 años de deuda de una política nacional de prevención de la delincuencia juvenil. Estamos atrasados en la comprensión de todo lo que implica la delincuencia organizada y otros grupos armados con relación a la niñez; no tenemos ni cifras ni conceptos claros, no sabemos lo que es el reclutamiento. No tenemos un sistema de reintegración, ni presupuesto para la reintegración; no tenemos casas de acogida, no hay absolutamente nada. Pero de que es posible, es posible y te lo digo al 100%. Hemos creado un pequeño ejército de quienes promovemos una justicia adecuada, especializada y restaurativa para los niños y adolescentes. Un ejército que cada día crece más. Yo creo que, así como hay mucha gente que quiere fusilarles a los chicos, hay mucha gente comprometida en mejorar el sistema. Yo sigo teniendo esperanza de que en algún momento vamos a lograrlo. Creo que tenemos que darles la oportunidad a los niños.

—¿Eres una convencida, entonces?

—100%. No lo cuestiono y tengo la esperanza de que sí podemos cambiar.

Obras citadas

- Alexiévich, Svetlana. 2015. *La guerra no tiene rostro de mujer*. Bogotá: Debate.
- Caparrós, Martín. 2014. *El hambre*. Bogotá: Planeta.
- . 2015. *Lacrónica*. Madrid: Círculo de tiza.
- Guerriero, Leila. 2013. *Una historia sencilla*. Barcelona: Anagrama.
- . 2014. *Zona de obras*. Madrid: Círculo de tiza.
- . 2018. *Plano americano*. Barcelona: Anagrama.
- Hersey, John. 2009. *Hiroshima*. Barcelona: Debolsillo.
- Hoyos, Juan José. 2003. *Escribiendo historias: El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Salcedo Ramos, Alberto. 2012. *El oro y la oscuridad: La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé*. Bogotá: Aguilar.
- Talese, Gay. 2016. *Honrarás a tu padre*. Barcelona: Debolsillo.
- Villoro, Juan. 2005. *Safari accidental*. Ciudad de México: Editorial Joaquín Mortiz.
- Walsh, Rodolfo. 2015. *Operación masacre*. Buenos Aires: Ediciones de la flor.